

Superioridad y Progreso de una Civilización

Por Alfredo NICEFORO. Colaboración especialmente vertida del italiano para la Revista Mexicana de Sociología, por Óscar Uribe Villegas.

LA “civilización” definida como “estado social” es el conjunto de las condiciones y de las actividades de la *vida material*, de las condiciones y de las actividades de la *vida intelectual* y de las condiciones y de las actividades de la vida moral y del ordenamiento *políticosocial* propio del grupo de población que constituye objeto de estudio.

Esta definición nuestra ofrece terreno sólido y seguro que nos permite avanzar en busca de un concepto objetivo de lo que es civilización superior (o inferior) y de lo que es progreso (o regresión) de una civilización y, por tanto, progreso (o regresión) social.

1. Dadas dos civilizaciones, ¿cuál de las dos es superior por las condiciones de vida arriba señaladas tomadas conjuntamente? (Superioridad de una civilización). O bien si las cuatro categorías, en su conjunto, no pueden considerarse superiores en tal civilización en comparación con otra, ¿no podría ocurrir el que para algunas de esas categorías hubiese superioridad, pero no para otras?

2. Dada una civilización, ¿puede afirmarse que la misma, en cuanto a las cuatro condiciones arriba mencionadas, está en progreso, o no? O bien, si las cuatro categorías en conjunto no están en progreso, ¿cuáles de entre ellas están estacionarias y cuáles quizá incluso se encuentran en regresión?

UNA PRIMERA SERIE DE TENTATIVAS PARA DEFINIR LA SUPERIORIDAD DE UNA CIVILIZACIÓN. ¿Qué cosa es, por tanto, civilización superior? Se

presentan varias soluciones o, mejor, varios métodos para buscar una solución. Los examinaremos rápidamente.

Se advierte de inmediato que, al buscar y encontrar signos visibles e indiscutibles de la superioridad de una civilización dada en comparación con otra, es posible servirse más tarde de esos mismos signos o de algunos de ellos —más apropiados que los restantes—, para decidir si una civilización dada, al moverse y transformarse al través del tiempo, progresa o no.

Podrían recordarse signos de orden vario, algunos de los cuales, a primera vista, parecerían no utilizables para nuestro propósito; signos que, sin embargo, han sido señalados como testimonio de la superioridad de una civilización en comparación con otra o de un desarrollo de la civilización inferior a la civilización superior. Se refieren dichos signos bien a una intensidad de las actividades de la misma, bien a la reducción de penas y de sufrimientos en que tales actividades se manifiestan y a la siempre creciente toma de posesión ejercitada por tales actividades sobre el mundo material o bien se encuentra el síntoma buscando en el modo en que se explican los diversos aspectos de la tutela jurídica. Veamos, pues.

Se dice, por ejemplo, que el índice de la superioridad social de una civilización lo ofrece el grado de coordinación y de “solidarización” a que ha llegado en esa sociedad la interacción de las actividades individuales (S. Pioger). Análogamente, se dice que hay superioridad en el estado de una sociedad donde es mayor el espíritu de cohesión entre los individuos, en cuanto esa cohesión permite sea la ayuda mutua (sueño difícilmente realizable... y no realizado jamás), sea una debida preparación de la victoria en caso de lucha contra otras sociedades; se ha escrito, también, que un índice del progreso omnicompreensivo, o social, o general, de una sociedad dada lo proporciona el grado de integración de las diversas fuerzas sociales y su coordinación, su acuerdo interior y su fusión (G. Dallari). O bien, incluso, con una concepción compleja, se ve la esencia de la superioridad de la civilización y, por lo tanto, el carácter signalético que buscamos en la creciente división del trabajo entre las moléculas sociales (diferenciación), asociada a una unificación creciente o “concentración” —según escribe el autor de la teoría en donde quizá hubiera debido de decir “coordinación”— (Ad. Ferrière). Otros, finalmente, consideran que es característica de una civilización superior el alto grado de solidaridad que se manifiesta entre los individuos de aquella sociedad (L. Bourgeois).

Se quiere, por otra parte (pasando a otro modo de ver, diverso

de los precedentes, más profundo y complejo), que, cuanto mayor es la masa de productos materiales obtenida por una sociedad determinada, no es sólo mayor la masa de los bienes materiales que cada individuo pueda procurarse y, por ello mismo, el disfrute que deriva de la misma, sino que es mayor, además, la suma de las riquezas que cada individuo puede destinar a la adquisición de prestaciones inmateriales más elevadas, agregándose que tales índices testimonian y —por decirlo así— miden la multiplicidad de los fenómenos, de las relaciones, de las instituciones, de las compensaciones sociales en una sociedad dada. Esa multiplicidad, en último análisis, es el producto de la frecuencia y la multiplicidad de las relaciones de solidaridad, de amistad, de lucha, de comunidad, de disfrute, de exaltación, de educación que se traban entre los hombres conjuntados; en otros términos, y dicho brevemente: tanto más se multiplican en una sociedad las relaciones de solidaridad (índice de la superioridad de una civilización), etc., y tanto más frecuentes son los vínculos, las relaciones y las compensaciones cuanto mayor resulta la masa de los bienes materiales existentes producidos en la sociedad misma. Tal masa de bienes, por lo dicho, “mediría... aquel grado de solidaridad que, no siendo medible en forma directa, proporciona el signo de la superioridad y del progreso” (A. Loria).

Quiere, por otra parte, verse una manifestación de superioridad en aquellas sociedades en las cuales por un camino más corto, después de más breve tiempo, con menor gasto de energía y con menor coerción, se puede obtener un producto dado, alcanzar determinadas finalidades y aumentar los valores sociales (F. Matrata). Romagnosi ya había escrito: “Si los hombres se ayudasen gustosamente con todos sus medios; si se aprovechase el tiempo; si se redoblasen las energías; si el movimiento se aumentase sin cesar, se perfeccionarían el orden social y el desarrollo material y moral de la especie humana”.¹

Se cree notar, sin embargo, que se encuentran en estado de superioridad (o de progreso) aquellas sociedades en las cuales la actividad laborante y creadora de bienes económicos logra obtener un mayor rendimiento con una fatiga mínima, lo que equivale a decir, ahí en donde la pena del trabajo se reduce, gracias —por ejemplo— al empleo de máquinas u otros implementos o a descubrimientos especiales, aumentando y mejorando al mismo tiempo la producción (J. E. Cairns).

¹ *Genesi del diritto penale*. Milano, 1857, Vol. I. Nota de la página 128, párrafo 252, cap. XXI.

Otro concepto ve aumentar el grado de superioridad de una civilización en razón directa de la acción del hombre sobre las cosas y en razón inversa de la acción coercitiva que ejerce el hombre sobre el hombre (Yves Guyot).

Hay otros, finalmente, que ven superioridad en una civilización ahí en donde es mejor, más amplia y más segura la tutela jurídica de los individuos y donde son más seguras las garantías del Derecho (G. Dallari), diciéndose también que el signo de la superioridad que venimos buscando se encuentra en el grado de perfección con que se realiza la idea jurídica (D. J. Hill); que la industria, y sobre todo la industria mecánica, así como la literatura y la cultura, son solamente los signos exteriores de la civilización, pero hay que ver en el espíritu de iniciativa individual la causa de la civilización misma y en la garantía de la libertad y de la seguridad de parte del Estado las condiciones para el desarrollo de tal espíritu de iniciativa. Por lo cual la medida del grado de civilización está dada por el de la organización del Estado, o sea, "por el grado en que las leyes y la política han llegado a incorporar la idea jurídica". En esta teoría se revelan las características personales del autor, que es jurista y estadounidense (Hill fue embajador de los Estados Unidos de América en Berlín). Se permanece aún dentro del campo de los "signos" jurídicos cuando se afirma que se encuentra el índice de la superioridad en el grado de multiplicación y de extensión de los derechos de los individuos: la personalidad humana se hace más autónoma, los individuos más independientes, el número de personas reconocidas (extranjeros, esclavos, mujeres) se amplía y llegan a ser, todas ellas, en pie de igualdad, titulares de derechos; además, los derechos atribuidos a la persona humana se vuelven más numerosos (P. Barth).²

ADVERTENCIA. Antes de proseguir nuestro camino, en busca de los varios índices de la superioridad de una civilización, una advertencia aún. Habíamos dicho, al principiar este trabajo, que algunos signos sugeridos con objeto de denotar la superioridad de una civilización en comparación con otra pueden servir también para seguir el desarrollo de una civilización, sea la que fuere, a través del tiempo y, por lo mismo, para afirmar el progreso de aquella civilización. Por ejemplo, el índice ya indicado: masa considerable de bienes materiales

² Para la bibliografía, especialmente por lo que concierne a los autores arriba citados, remitimos a nuestras memorias publicadas en la *Revista di Antropologia*. Roma, 1916-7, y en la *Rivista italiana di Sociologia*. Roma, 1921.

producidos, que se ha señalado como testimonio de una civilización más alta, se convierte, al mismo tiempo, en índice de progreso social cuando en una sociedad dada se observa un aumento continuo de esos bienes o bien, si una mayor cantidad y calidad de los derechos otorgados a las personas llega a aceptarse como indicativo de una civilización más alta, puede deducirse también que el aumento y la multiplicación de los derechos en cuestión, al través de un tiempo dado, resultarían indicativos de que esta sociedad se encuentra en progreso. Ahora queremos advertir que algunos de los índices arriba mencionados también pueden tomarse en consideración en cuanto se trata del difícil problema de las "causas" de la superioridad y del progreso, como veremos más adelante. Por el momento, baste la advertencia: cuando, por ejemplo, se dice que se encuentra superioridad de una civilización ahí en donde es más fuerte el espíritu de cohesión entre los individuos y ahí en donde se encuentran más ordenadamente coordinadas las actividades humanas, se deja ver, al mismo tiempo, que dichas características pueden ser consideradas como la "causa" o como una de las causas esenciales de la superioridad y del progreso.

OTRAS TENTATIVAS: EL CRITERIO DE LAS FASES SUCESIVAS. La búsqueda de los síntomas, con el fin arriba mencionado (de determinación de la superioridad y progreso de una civilización), parece haberse vuelto también hacia el criterio especial destinado a afirmar objetivamente el grado y el progreso de la civilización. Aquellos que tienen fe en las doctrinas que quieren que toda sociedad tenga que pasar necesariamente al través de ciertas fases sucesivas, cada una de las cuales tendría como contraseña índices bien definidos de carácter económico, intelectual, sentimental o de otro tipo, y agregan —o sobreentienden— que cada una de las fases mencionadas es "superior" a las precedentes (por lo menos hasta el momento en que el estancamiento y la decadencia se manifiestan), y los cuales tienen en tal sucesión una firme creencia, podrán recurrir —evidentemente— a las características de cada una de tales fases sucesivas para juzgar, con mayor o menor precisión, del grado de elevación (en cuanto a la civilización) de tal o cual sociedad. Algunos ejemplos ilustrarán mejor lo dicho.

LAS BASES SUCESIVAS DEL OPTIMISMO CRECIENTE. Podemos comenzar por recordar las grandes perspectivas optimistas pensadas y diseñadas por los nobles filósofos del siglo XVIII sobre la base de una

firme creencia en la elevación continuamente creciente de la suerte y de los destinos humanos, grandes perspectivas en las cuales encontraremos una serie de signos de la superioridad y del progreso social, puesto que (decían aquellos pensadores, como A. N. de Condorcet, entre otros), la evolución social conlleva necesariamente: 1), la emancipación de la filosofía con respecto a los presupuestos dogmáticos; 2), la destrucción de la igualdad entre las clases; 3), el mejoramiento de los individuos. Si así fuese (cosa que es de dudar) es evidente que aquel miserable tríptico —emancipación del pensamiento, igualdad entre los hombres, mejoramiento individual— ofrecería el medio buscado para medir, en una sociedad dada, el grado de superioridad y de progreso. En la misma forma si los hechos de la vida —crónica e Historia— correspondieran a aquella parte de la metafísica hegeliana que afirma que el desarrollo histórico de la sociedad se cumple teniendo como fin la libertad, y para la cual hay progreso y superioridad ahí donde es más alta la libertad, podríamos encontrar en aquel signo el testimonio y la medida de la superioridad misma. Pero pronto diremos, a propósito de la existencia de las fases sucesivas de evolución y desarrollo que hemos mencionado antes, una pocas palabras.

1. ¿Emancipación del pensamiento? Podrá realizarse ciertamente para individuos aislados o para grupos de individuos más o menos numerosos, pero es imposible que eso ocurra, no digamos ya para toda la masa de los individuos componentes de la sociedad, sino para la mayoría de ellos, y esto en razón del poder prepotente y eterno que tienen los instintos atávicos, profundos, irracionales, escondidos en las tenebrosidades del Yo profundo, siempre prontos a hacerse sentir y a actuar sobre el modo de sentir, de pensar, de actuar de todos los individuos.

2. ¿Igualdad entre los hombres y abolición de las “clases”? Pero la reunión de los individuos en grupos de individuos semejantes o afines que tienen las mismas aspiraciones y los mismos intereses es también un hecho prepotente y eterno en razón de las desigualdades naturales (desigualdades en el modo de ser, de sentir, de pensar, de reaccionar, de saberse conducir más o menos hábilmente en la vida) que existen entre los hombres.

3. ¿Mejoramiento del individuo? Se deberá entender —nos imaginamos— mejoramiento de sus instintos, de su sentir, de su inteligencia, de su “voluntad” y de su conducta. . . ; pero hasta hoy —al menos si se abarca desde las lejanísimas épocas de la prehistoria hasta nuestros

tiempos— no parece, verdaderamente, que se haya caminado mucho, tanto que las páginas más oscuras de la prehistoria en cuanto a instintos, sentimientos y conducta tornan de vez en cuando a reaparecer hasta en los siglos actuales, pudiendo decirse —por otra parte— que la inteligencia y los 1 400 gramos de cerebro (los 1 500 centímetros cúbicos de capacidad craneana) de las razas blancas de hoy NO constituyen un aumento en comparación con la inteligencia, el cerebro y la capacidad craneana del hombre prehistórico.

4. En cuanto a la suerte magnífica y progresiva de la idea de libertad, aún aquí, no debe decirse propiamente que el camino de la Historia se ha trazado siguiendo esa noble dirección desde el momento en que en cada siglo se ven reaparecer (aun cuando sea siempre bajo diversos aspectos) abusos e inquisiciones, y puesto que en todos los siglos se ve cómo un grupo dado no conquista la propia libertad sino para suprimir la de los demás.

Sin embargo, no queremos negar (y aquí tenemos ocasión de decirlo) que los cuatro ideales arriba mencionados, así como el tríptico de Condorcet y la libertad de Hegel, pueden tomarse como testimonio y medida de los grados de realización parcial, aunque sea momentánea, de cada uno de ellos y como medida de la civilización y del progreso de una sociedad dada.

LAS SUCESIVAS BASES PSICOLÓGICAS. De sucesivas fases de orden esencialmente psicológico (instintivo y sentimental) han hablado aquellos estudiosos de la sociedad humana que se obstinan en buscar las leyes generales de acuerdo con las cuales evolucionan las sociedades, de abajo hacia arriba. Saint-Simon (que había enunciado o repetido la idea y la creencia en un desarrollo y en una elevación continua y fatal del hombre y que, con respecto al tipo de sociedad, veía presentarse las fases sucesivas a partir del tipo feudal para llegar al industrial), señalaba una serie de fases sucesivas, de orden psicológico, en las formas sucesivas del sentimiento religioso. En una síntesis sobre la evolución de las religiones enunciaba la sucesión de las fases que van del fetichismo al politeísmo y de éste al monoteísmo. Según eso, se podrían obtener conclusiones acerca del grado de elevación, respecto de la “civilización”, propio de una sociedad dada, al detenerse a observar las formas religiosas de la misma. Pero sí se puede —indudablemente— admitir una clara distinción entre las tres categorías indicadas (aun cuando haya observaciones que hacer sobre el contenido y el significado de la indica-

ción “fetichismo” y resulte mejor especificar las variadas y primitivas formas de creencia de los llamados pueblos naturales), cabe preguntar, en cambio, si existen realmente pueblos y civilizaciones en las cuales el monoteísmo —ya sea admitido sólo teóricamente, enseñado e impuesto— y exclusivamente el monoteísmo, constituye la creencia de todos o de casi todos los componentes de la población. Cabe decir, en esto, que ahí en donde la evolución religiosa arriba mencionada se ha elevado desde las formas más bajas de la magia, del animismo y del fetichismo propiamente dicho hasta el monoteísmo, siguen existiendo —como supervivencias y reviviscencias— las formas más antiguas y primigenias de la magia, del animismo, del fetichismo e incluso —en cierto sentido— del politeísmo. La evolución de la que habla Saint-Simon es puramente teórica; está restringida —por decirlo así—, a la evolución y sublimación de la idea religiosa considerada en sí misma, y tan es cierto, que no faltan páginas de psicólogos y etnógrafos que documenten con gran cúmulo de hechos y de interpretaciones la existencia de una “prehistoria” contemporánea en el seno de la psicología y en las creencias de gran parte de los hombres que forman parte de las civilizaciones monoteístas.³

Si continuáramos —siempre a propósito de los rasgos psicológicos claramente distintos que diferencian a una sociedad de otra— podríamos llegar a esas indicaciones descriptivas dadas por Spencer, que sirven de contraseña a la psicología de los pueblos de civilización inferior, en oposición a aquella de los pueblos de civilización superior: irreflexión, impulsividad, violencia, falta de ideas abstractas, en el caso de la psicología de los hombres y las sociedades primitivas, ahí en donde existiría reflexión, riqueza de abstracción, de crítica, de poder mental reconstructivo, en las sociedades no primitivas (H. Spencer). Se seguiría de ello, que ahí donde existen poblaciones modernas (aunque aparentemente no primitivas) que viven en el área de la llamada civilización del siglo actual y que presentan rasgos psicológicos enunciados a propósito de las poblaciones primitivas, estarían destinadas, hasta tanto no cambiaran los caracteres psicológicos, a crear y mantener condiciones de vida y de civilización de orden primitivo e inferior.

³ A. Niceforo, “La fiamma nascota; frammenti di preistoria contemporanea”, Revista *Ars et Labor*. Labor. Milano, 1908, 1909, y también los términos “Magia e idee magiche” definidos por nosotros en nuestro *Dizionario di criminologia* dirigido por E. Florian, A. Niceforo, N. Pende. Milano, 1943. Recordemos, además, nuestro escrito: “La ‘magia’ delle parole: instintività magica e sue reviviscenze” en la *Rivista di Etnografia*. Napoli. Marzo, 1948.

LAS BASES SUCESIVAS DEL RÉGIMEN ECONÓMICO Y DEL TRABAJO. Como puede verse fácilmente, son de diversos órdenes los índices que podrían sugerirse de acuerdo con las direcciones más variadas en caso de que se siguiera la vía indicada de las fases sucesivas. Ahora, recordaremos que se han descubierto y señalado diversas fases sucesivas "necesarias" de orden social cada vez más elevado, como indicativas de fases sucesivas y ascendentes de la sociedad. Economía natural, economía monetaria, economía de crédito (B. Hildebrand). Estado salvaje, estado pastoril, estado agrícola, estado agrícola-manufacturero, estado agrícola-manufacturero-comercial (F. Liszt). Economía doméstica, economía urbana, economía nacional (K. Bücher). O bien; incluso, civilización que no sabe hacer cerámica o civilización salvaje; civilización que hace ánforas, vasos, vasijas, pero que no crea la escritura, o civilización bárbara; civilización que crea la escritura, o civilización superior (J. Morgan). O bien, si se toma como criterio la creciente densidad de población: estado pastoril, estado agrícola, estado industrial, estado comercial (E. Lavasseur, F. Ratzel). También podría recordarse el diseño trazado por los etnógrafos (Fr. Schultze) y por los antropólogos (J. Deniker), quienes clasifican a las civilizaciones, procediendo de abajo hacia arriba (Schultze), en: 1), civilización de los salvajes inferiores, con falta de habitaciones y vestidos (pigmeos, bosquimanos); 2), de los salvajes superiores, con habitaciones y vestidos (pequeñas hordas australianas); 3), bárbaros inferiores, con agricultura y esclavitud; 4), bárbaros medios, con presencia de ciudades (como en el Dahomey); 5), bárbaros superiores, con comercio, construcciones de piedra, división del trabajo (abisinios); 6), civilizados, "cultivados". O bien (Deniker): a), pueblos incultos; c), *pueblos* semicivilizados (escritura ideográfica, agricultura); c), pueblos civilizados (iniciativa innovadora, libertad individual, escritura fonética).

LAS BASES SUCESIVAS DEL ORDEN SOCIAL. Otras fases sucesivas, consideradas —con o sin razón— como fases que se subsiguen necesariamente al través del tiempo en la vida de las sociedades (cuando éstas son capaces de elevación) y cada una de las cuales significa superioridad y mejoramiento con respecto a las precedentes, pueden evocarse para los fines de nuestra investigación. He aquí algunas, entre las que se basan esencialmente en el modo en que se realiza el ordenamiento social. Del estado de solidaridad mecánica, externa, u homogeneidad e indiferenciación social, se elevan al de solidaridad interna o heterogeneidad social y, con ello, se manifiesta una heterogeneidad o diferen-

ciación social que aumenta continuamente (E. Durkheim). Interdependencia cada vez más compleja de las relaciones sociales; selección, coordinación creciente o cada vez más acentuada (E. Waxweiler). Paso del estado de igualdad —“fungibilidad” (R. H. Towner)— de los hombres al estado de no “fungibilidad”. De este modo, cuando en una sociedad la diferenciación entre los hombres, entre las cosas, entre las ideas, comienza a desaparecer y a ser sustituida por la uniformidad, se regresa a la inferioridad primitiva (siempre de acuerdo con R. H. Towner). Las sociedades, al transformarse, llevan siempre —desde el punto de vista que indicamos— hacia una mayor autonomía de los individuos; marchan hacia una situación en la que hay mayor número de derechos otorgados a las personas y un número mayor de individuos sujetos de derecho (P. Barth). O bien, incluso, del régimen de la coerción al de la no coerción (H. Spencer).

LAS FASES SUCESIVAS DEL RÉGIMEN POLÍTICO. Hay, finalmente, quien cree en una sucesión de fases concernientes al ordenamiento político y a la organización del Estado, sucesión necesaria y fatal teóricamente, pero que no todas las sociedades corren el riesgo de recorrer, y se afirma, entonces, por ejemplo, que se va —en tales pasos sucesivos— del clan amorfo al estado patriarcal, al agrario militar y teocrático, y, después, al industrial representativo, repitiéndose de cerca la clasificación análoga de H. Spencer y agregando —algunos idealistas— que el Estado industrial y representativo liberal deberá ser sucedido por el solidarista, o, como lo denomina Menger, por el Estado democrático del trabajo (F. Consentini). O bien, como quiere el sociólogo, etnógrafo y biólogo francés Charles Letourneau en su *L'Evolution politique dans les races humaines*, la evolución se realiza a partir de un Estado de anarquía primitiva (fueginos, bosquimanos, etc.) para llegar al clan y a la tribu republicana (Melanesia, Australia, Pieles Rojas), y después, gracias a las mutaciones producidas por la guerra y por el modo de ser de la propiedad y de la esclavitud, a la tribu “aristocrática” y a la pequeña monarquía (África ecuatorial, etc.), presentándose, después, las grandes monarquías bárbaras (Perú, México, Egipto antiguo, etc.) cada vez más despóticas. Para algunos pueblos, por otra parte, de la tribu, de la pequeña monarquía y del Estado histórico bárbaro se pasa al feudalismo, al que subsigue la gran monarquía más o menos absoluta, de la que surgen, poco a poco, las formaciones de los parlamentos y los aspectos crecientemente “democráticos”

Otros, aún, se complacen en insistir en la existencia de fases sucesivas del ordenamiento político (y, por ello, en los “signos” de la superioridad y del progreso de una civilización). Después de haber especificado que debe hablarse no tanto de un progreso en general, sino de diversos progresos que deben examinarse separadamente, o sea, de progreso biológico, progreso intelectual, progreso técnico y, finalmente, progreso político, a propósito de este último se afirma que consiste en una especie de evolución que va de las fases primitivas y más salvajes al perfeccionamiento, de lo cual podemos inducir que cualquier grado de dicha evolución podría servir de indicación para juzgar del grado de civilización superior. Tales grados de evolución serían tres, basados cada uno en el género de valor que el hombre puede tener para sus semejantes: en un principio —primer grado— no tiene ningún otro valor que no sea el de *consumo* (canibalismo); después, tiene un valor de *producción* (esclavitud y servidumbre), y, finalmente —perfeccionamiento máximo—, alcanza un valor de *cambio*, pues entonces el hombre no desea —con respecto a los otros hombres— sino intercambio de los frutos del trabajo, lo cual presupone igualdad de las “fuerzas” de los individuos. A cada una de estas tres formas de relación corresponden formas especiales de relación social y de tipos de sociedad. “Y es claro que el último vínculo o la última relación —de *colaboración*— permite, mejor que ningún otro, una satisfacción cada vez más completa de las necesidades del mayor número de individuos... y reduce al mínimo los sufrimientos que los hombres causan a sus semejantes.”⁴

Se podrían citar otras construcciones —siempre discutibles y muy discutibles en sus líneas generales y particulares— concernientes a la sucesión necesaria de las fases políticas al través de las cuales tienen que pasar los grupos humanos, pero siempre deberían de sacarse las dos conclusiones esenciales siguientes: 1ª, no todo grupo actual, como resulta evidente, ha agotado verdaderamente todo su —diremos— ciclo evolutivo y, asimismo, muchos de ellos se encuentran detenidos aún en las primeras fases, probablemente por incapacidad para desarrollarse; incapacidad de orden antropológico y psíquico, así como por especiales condiciones ambientales; 2ª, puesto que todas las fases arriba mencionadas deben considerarse como superiores a las precedentes (fuera de algunas excepciones) la colocación de una sociedad dada en uno de los escalones de esa escala ascendente indicaría de por sí el grado de superioridad civil al que aquella sociedad habría llegado.

⁴ A. de Maday, en la *Revue Internationale de Sociologie*. París, 1913.

FASES POLÍTICAS SUCESIVAS: DE LA "BARBARIE" A LA "DEMOCRACIA". Como quiera que sea, parece que se quiere afirmar (por parte de aquellos grandes hombres que sueñan en una evolución de lo peor a lo mejor en el ordenamiento político) que, como algo casi ideal, en la cima de la evolución se encuentra —como envidiable y cómoda meta por alcanzar— el orden democrático. Está bien; pero no parece que, al hablar así, los sostenedores de la doctrina se hayan preocupado excesivamente por definir bien qué cosa se entiende y qué cosa deba entenderse en realidad por ordenamiento político democrático y por "democracia". De querer interrogar, verdaderamente, a historiadores, políticos, filósofos, sociólogos, por una parte, y a los hombres comunes, por otra, y en caso de querer interrogar después a los hechos mismos de la historia y de la crónica, se descubriría que la palabra y el concepto de "democracia" se han entendido en forma diversa de una a otra clase de estudiosos y de personas (y en forma particularísima, que se le entiende de modo "utilitarista" por parte del vulgo), y que la "democracia" o las "democracias" de otro tiempo no tienen nada que ver con tal o cual democracia moderna. E, incluso, si continuamos interrogando a los hechos de la Historia (contemporánea en esta ocasión), ¿los hombres de hoy no oyen hablar de una "democracia" concebida "en sentido oriental" por unos y "en sentido occidental" por otros, de tal modo que esta cosa objetiva, indiscutible e inequívoca que debía ser la democracia, cambia de contenido y de forma, no sólo a través de los siglos, sino incluso en cuanto cambia de localización geográfica en el seno del mismo siglo? No diremos nada de esa distinción (que se encuentra, sin embargo, en boca de todos) entre *verdadera* democracia y *falsa* democracia, porque sabemos bien que en la mayoría de las veces, o casi siempre, *verdadera* democracia es la mía, o sea aquella que —en último análisis— me acomoda, mientras que *falsa* democracia es aquella de los demás que no van de acuerdo conmigo. Decía bien Wolfgang Goethe en su *Autobiografía* (Libro II) cuando afirmaba que "si se manejan las palabras en un sentido indeciso, ya amplio, ya estrecho, puede sostenerse cualquier cosa", repitiendo con ello, casi, aquello que Bacon escribió sobre los errores que, en nuestro razonar o no razonar, provienen del uso de ciertas palabras.

Historiadores, políticos, filósofos, sociólogos, decíamos. Por cierto que la definición aristotélica por la cual la democracia es el gobierno en el cual los libres y los ricos no ocupan el poder supremo (mientras que la oligarquía es, opuestamente, aquella constitución política en la cual el poder está en manos de los pocos y de los ricos) no es la misma

que se expresa en el pensamiento del siglo XVIII que va de Montesquieu y de Voltaire a Rousseau y a Condorcet, y que se afirmó con la constitución de la Primera República Francesa, la cual proclama: que la democracia tiende a la igualdad absoluta de los ciudadanos; que no tiene necesidad de clases privilegiadas por la nobleza; que quiere que los puestos eminentes sean electivos y que nadie pueda ser excluido de ellos. Incluso hoy, mientras que políticos y juristas entienden por democracia un estado político en el cual la soberanía pertenece a la totalidad de los ciudadanos sin distinción de nacimiento y de fortuna, otros quieren que se incluya también la indicación: sin distinción alguna de capacidad, y otros, incluso —más o menos abiertamente—, sostienen que se trata de aquella forma de gobierno —ideal de justicia— en el cual sólo una clase de ciudadanos (los que trabajan y producen) tiene derecho a gobernar y administrar, sin que se defina todavía claramente qué es lo que se entiende por “individuos que trabajan y producen” o restringiéndose la definición sólo a algunos géneros de trabajo. Más bien ingenuo —aun cuando digno de atención— es aquel modo recentísimo de definir “democracia” como un régimen en el cual el hombre ha sido librado de la necesidad. Pues ¿cuándo podrá decirse que los hombres, siempre ávidos de nuevas conquistas para la propia felicidad, han sido liberados verdaderamente de sus necesidades o de las que se consideran como tales? Frente a la inconmensurable —en cuanto infinita— incapacidad de contentamiento humano, cabe preguntar si la “democracia” —entendida como se dice anteriormente— no es el sueño irrealizable. Incapacidad de contentamiento, de la cual (así como de los reflejos que la misma tiene no sólo en la conducta de los individuos sino también en la de los grupos sociales y por ello en el orden político de las sociedades humanas) tendremos ocasión de hablar con alguna amplitud más adelante. Por el momento unas cuantas palabras aún por lo que respecta a las observaciones y a las definiciones anteriores.

Las democracias de hoy, decíamos, no son la misma cosa que las democracias de ayer. Las antiguas democracias griegas, por ejemplo; la antigua democracia siciliana, la cartaginesa o la romana, poseían, cada una, una fisonomía propia, hasta el grado de dificultar al espíritu objetivo que las considerase simultáneamente, la posibilidad de decidir cuál de entre ellas constituiría la “verdadera” democracia. De todos modos por doquier se encuentra, o casi se encuentra por doquier, en esas “democracias”, el régimen de la esclavitud. Por el contrario, la democracia de hoy no sólo elimina el régimen esclavista propio de la edad

antigua, sino que proclama principios que se encontrarían difícilmente en las antiguas democracias.

En cuanto a aquellos conceptos —de los cuales se habla precisamente ahora— y que creen distinguir dos democracias contemporáneas, de las cuales una es occidental y la otra oriental, puede examinarse la forma en que el primer ministro laborista inglés, Attlee, en su discurso a los mineros reunidos en Bransley el 21 de junio de 1946, definía la democracia diciendo: “No hay democracia ahí en donde no hay libertad de palabra, libertad de conciencia y libertad personal, cosas todas que son derechos del individuo, sea capitalista o trabajador, liberal o socialista. . . Dondequiera que encuentren ustedes hechos como los siguientes: una sola lista de candidatos, un gobierno que no puede ser removido al través del sistema de votación libre y otras cosas del mismo tipo; dondequiera que encuentren métodos semejantes, no hay democracia ni hay verdadera libertad”. En otras palabras, ahí en donde hay libertad de oposición, de crítica y de pensamiento, y donde los gobiernos pueden ser derribados sólo por obra de los representantes de la nación elegidos libremente; ahí hay democracia. En verdad, podrían agregarse aún otras contraseñas, pero en esa definición ya se encuentra lo suficiente para una clara orientación, y para comprender cuán diversa es tal concepción de una “democracia” de aquella otra que el primer ministro —demócrata también, según su modo de ver, e incluso más demócrata que el premier laborista, pero menos occidental que él— Tildy, de Hungría, enunciaba casi por la misma época en que se pronunció el discurso inglés al que aludimos. “Hicimos mal en otorgar derecho de voto a nuestros enemigos, a los no pertenecientes a nuestro partido.” Dos democracias en acto; empero, ¿cuál es la “verdadera”? ¿Cuál de las dos formaría el grado terminal y más alto de la evolución política (si se admite que tal evolución exista) como para ser tomado como contraseña de la superioridad y del progreso?

Finalmente, debe hacerse una consideración especial por lo que respecta a la confusión en que se cae frecuentemente confundiendo el orden democrático y la forma de gobierno, asimilando el primero a la forma republicana de gobierno, puesto que ha habido y hay —como todos saben y admiten— repúblicas que se rigen aristocráticamente (república veneciana), y, en cambio, ha habido y hay monarquías que se rigen democráticamente, como algunas monarquías contemporáneas del Norte de Europa.

Observaciones incidentales.—Sin duda, la búsqueda de las fases suce-

sivas por las cuales la Sociedad y las sociedades deben o deberían pasar necesariamente al través del tiempo no es investigación que carezca de valor. Por el contrario. Pero no creemos que pueda hacerse, sin más, una aplicación de los resultados de este tipo de indagaciones al tema que tratamos aquí, puesto que se debería buscar, por una parte, la seguridad válida de que todas las fases descubiertas y señaladas son *superiores* a las precedentes. "Superiores" ¿por qué?, ¿cómo?, ¿qué cosa debe entenderse por superior? Y porque, por otra parte, sería indispensable poner en claro cuáles son, exactamente, los signos objetivos, sintomáticos, de todas las fases sucesivas.

Agregaremos que el sistema mensurativo anterior (de fases sucesivas) que habría de conducir a juicios de valor (de superioridad y de progreso) con respecto a tal o cual civilización, podría tener utilidad sobre todo, en la mayor parte de los casos arriba señalados y en la mejor de las hipótesis, cuando hubiese que confrontar entre sí civilizaciones y sociedades que fueran, una con respecto a la otra, bastante diversas y alejadas entre sí tanto en el tiempo como en el espacio, como —pongamos por ejemplo— una sociedad de tipo pastoral y una sociedad de tipo industrial... mientras que nosotros queremos, por el contrario, omitir un juicio en relación con civilizaciones bastante próximas entre sí y que, de este modo, entran en el mismo marco.

El criterio ofrecido por un modelo o ejemplar: la civilización urbana.—¿No podría darse, con algún éxito, solución diversa de las precedentes, siempre con objeto de definir qué es lo que habrá que entender por civilización superior y por progreso de una civilización? Ciertamente. He aquí otra tentativa (F. Coletti).

Se busca —pongamos— un grupo dado, concreto, de población, que parezca que presenta en forma indiscutible la más alta civilización de la época y —de la alta civilización de aquel grupo— se ponen en evidencia caracteres específicos y señaléticos. Tales caracteres, entonces, podrán servir, por decirlo así, de instrumento métrico, de unidad de medida que acercar, como piedra de toque, a cualquier civilización por examinar, a modo de que de la confrontación surja el juicio de valor acerca de la superioridad o falta de superioridad de cada una de dichas civilizaciones. Por ejemplo: las características de nuestras grandes aglomeraciones urbanas, o, mejor, algunas características de esas aglomeraciones y, por consiguiente, algunas particularidades no tanto de la civilización superior en general como de la civilización urbana contemporánea ¿no serán quizá indicaciones que sean repre-

sentativas de la civilización más alta? Paul Jacoby ¿no ha trazado, quizá, de ese modo, el cartograma o casi el cartograma del grado de difusión de la civilización moderna, superior o considerada como tal, al través de diversas zonas de algunos países como Francia? Pero —a propósito del método en cuestión (las características de la civilización superior han de recabarse de las características de las grandes aglomeraciones urbanas) deben presentarse algunas dudas.

En primer lugar, el método supradicho sirve óptimamente para describir, señalar, medir, ya no la civilización superior, sino el tipo de civilización moderna (lo que no es, propiamente, la misma cosa) y, particularmente, el tipo de la moderna civilización urbana y su grado de difusión; de tal método, en efecto, ya nosotros mismos nos hemos servido hace muchísimos años para “medir” el grado de difusión, precisamente, del tipo de civilización *moderna* al través de las regiones de un mismo Estado (Italia).⁵ Pero aquí lo que buscamos o debemos buscar son los índices de la *superioridad* de una civilización y no ya los de un tipo dado de civilización: los índices, queremos decir, de la *superioridad* de una civilización cualquiera.

En segundo lugar, quien siguiese enteramente el método en cuestión olvidaría que adscribir al tipo de civilización urbana contemporánea la superioridad de la civilización en general es correr el riesgo de caer en el error del “egocentrismo”, denunciado ya por nosotros como algo que debe evitarse; “egocentrismo” según el cual “la *civilización* es la nuestra y la de nuestra época y, en especial, la de nuestros grandes centros urbanos”.

En tercer lugar, ¿por qué no recordar las antiguas acusaciones —renovadas en todo momento— sobre el valor moral y social de las aglomeraciones urbanas grandes y continuamente crecientes, acusaciones que más de una vez se han expresado en las formas más pintorescas e impresionantes, como la empleada por quien escribía que cada nueva piedra que aparecía en la ciudad constituía la condena a muerte de muchos centros rurales laboriosos y pacíficos? (Rousseau). O bien ¿por qué no recordar que los manipuladores de números, disponiendo de no pocas cifras, contaron las manifestaciones producidas por los “tóxicos” de la más alta civilización urbana, tanto más frecuentes y graves en su multiplicación cuanto más gigantesca se hace la aglomeración urbana? Aludimos a las cifras que señalan, en las aglomeraciones (grandes

⁵ Véanse los parágrafos 176, 177, 178 de nuestra obra *Italiani del Nord e Italiani del Sud*. Torino, 1901.

y grandísimas), la disminución de la natalidad, el fuerte desnivel de la riqueza, el aumento de los suicidios, la concentración de la criminalidad violenta en algunas clases especializadas en el mal... "Tóxicos" —nótese bien— al lado de los cuales (frente a los cuales también) se encuentran valores muy diversos, como el del más alto nivel de vida, la menor mortalidad, la mayor asistencia higiénica, la mayor cultura⁶ ¿Cómo pueden, por tanto, tomarse las características de la civilización urbana como índices seguros de una civilización superior en general? ¡Así son de complejos los fenómenos de la vida social, vistos y comprendidos imperfectamente si se les mira de un solo lado!

Sin embargo, quien insista sobre la tesis puede afirmar que en tales concepciones no se hace otra cosa que ponerse del lado de la doctrina (que no se dice que sea falsa) que ve que toda "civilización" se eleva hasta alcanzar formas especiales una y otra vez, para después decaer: elevarse a la urbana moderna, presente, que señala una culminación y de la cual deberá descender para volver a empezar el eterno ciclo que va de la barbarie o de la rebarbarización a la civilización superior y a la decadencia.

¿ÍNDICE ÚNICO? EL PROBLEMA DEL MEJORAMIENTO INDIVIDUAL Y SOCIAL. Encarémonos a nuestra definición de civilización, con apoyo en la cual buscamos establecer qué es lo que deberá entenderse, con alguna certidumbre, por *superioridad* de una civilización y, una vez establecido esto, cuál es la forma en que puede saberse qué es lo que debe de entenderse por *progreso* de una civilización.

Decíamos que "civilización" es el conjunto de condiciones o el estado de la vida material, intelectual, moral y del ordenamiento políticosocial de una población. Diremos ahora que debe definirse como civilización *superior* aquella en la cual dichas condiciones o el estado de la vida son mejores para los individuos que componen la sociedad de que se trate... y para la sociedad considerada en sí misma y como tal. Reservándonos el aclarar ulteriormente tal definición, preguntémosnos desde ahora si existe un índice único, objetivo, y por lo mismo expresable en forma de medida, de las mejores condiciones (o del estado) de la vida anteriormente mencionadas, comenzando a tratar aquellas que se refieren al *individuo*.

⁶ Al tema le está consagrado el capítulo XV con el título "Zone rurali, zone urbane, grandi città", del segundo volumen de nuestra *Criminologia*, volumen que lleva por título *Ambiente e delinquenza*. Milano, 1943. Al escribir esto se preparaba la segunda edición ampliada.

¿ÍNDICE ÚNICO? Y EN ESPECIAL: A), MORTALIDAD; B), RIQUEZA; C), CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN. No pocos han cedido a la sugerencia. Por ejemplo: índice único, mortalidad, o sea, que el nivel de la mortalidad es forma de medida y de enjuiciamiento, en un grupo de población, respecto de la superioridad y del progreso; mortalidad que debe de considerarse ya sea por sí misma o ya en relación con los nacimientos (M. Rubin, G. Sandburg, L. Dublin, F. Mansion, R. Pearl, y otros). Índice único: riqueza (A. Loria). Índice único: tasa de crecimiento de la población (Rousseau). Índice único: grado de libertad otorgado a la mujer (Ch. Fourier y también, en un cierto sentido, H. Spencer); además, grado de cultura intelectual, o bien nivel material de existencia o nivel de vida, o bien desarrollo de los sentimientos altruistas o bien, incluso, ascenso de la criminalidad violenta. Cada uno de tales índices debería representar, en forma sintomática e indirecta, las condiciones de vida de que hemos hablado. Aserto más que riesgoso y que, sin embargo, más de una vez ha encontrado sostenedores.

Se dice —para comenzar con la mortalidad— que el nivel de la *mortalidad*, según sea alto o bajo, no sólo expresa el estado o las condiciones higiénicas y sanitarias de la población, sino también el nivel económico de la misma, así como el de la cultura de dicha población, agregándose incluso que (como quiere el citado Mansion) el estado moral o las condiciones de la vida moral de una población influyen en su mortalidad, puesto que la misma tiende a ser baja en donde la vida moral es más elevada y son más sanas las costumbres. Se hace notar también que un sabio ordenamiento políticosocial, al hacer más fácil y segura la vida de los ciudadanos y procurarles auxilios de lo más variado en el orden social, contribuye a disminuir la mortalidad y a prolongar la vida.

En cuanto al índice único “riqueza” ¿no se sostiene, por ventura por parte de muchos que consideran toda actividad de la vida individual y colectiva como superestructura del factor económico— que un nivel más alto de riqueza (por ejemplo, de la riqueza media por habitante) no sólo está indicando directamente mejores condiciones de vida material (aun cuando se necesitaría todavía poner en relación tal riqueza media con el costo de la vida y de los servicios), sino que también está indicando indirectamente un más alto nivel de vida intelectual? Ciertamente no puede haber difusión de la cultura o elevación del espíritu sin posibles y buenas condiciones materiales de existencia; en forma semejante, sobre este punto, se llama en auxilio de tal tesis

aquella serie de estudios sobre el hombre de genio y de talento en los que se sostiene que, al elevarse el nivel de vida de un grupo social, aparecen con mayor frecuencia esos hombres de talento e incluso de genio.⁷

También un fuerte *crecimiento de la población* podría indicar, por sí solo, a más de un aumento en la fuerza del grupo social, buenas condiciones de existencia, las cuales, como se ha visto, serían, a su vez, condiciones estrechamente relacionadas con las otras categorías de la vida, con la vida intelectual y hasta con la vida moral. Es cierto que las poblaciones que presentan un número de habitantes cada vez mayor como producto del excedente de los nacidos sobre los muertos, representan una mayor densidad de población y quizá también mayor actividad, mayor trabajo y mayor producción. En el aumento de la densidad de población (¿cuántos habitantes por kilómetro cuadrado?), o sea, en el aumento de la densidad material, algunos estudiosos creen ver el principal motivo de la transformación y de la elevación de una civilización: inmensos territorios en estado de despoblación no producen sino civilizaciones de tipo primario, pobre o bárbaro, mientras que la densidad material incrementada se acompaña de mayor actividad productiva y de cambio y, con ello, de aquella "densidad moral" que está dada (como enseñó Durkheim) por relaciones más frecuentes entre los hombres. Está bien; pero es evidente que el aumento de la población puede considerarse (si no en otra forma, a título provisional) como índice de mejoramiento y de superioridad sólo si tal aumento se debe a la multiplicación de los nacimientos y no a la disminución en el número de muertes. Supóngase (como, por otra parte, ocurre en muchos países de hoy) que por larguísimos períodos el número de nacimientos permanezca estacionario año con año; pero que, en cambio, disminuya progresivamente, año con año, el número de muertos, dadas las condiciones continuamente mejoradas de vida higiénica, económica, social; se producirá, como consecuencia, un aumento de la población que se deberá, sin

⁷ Acerca de esta teoría, y sobre las investigaciones estadísticas correspondientes, véase el capítulo XVII de nuestra obra *Forza e ricchezza*, Torino, 1906, en cuyo texto se trata de las relaciones entre las condiciones económicas, el desarrollo de la inteligencia, la buena calidad del obrero y de la distribución de la genialidad al través de las diversas clases sociales, así como otras cosas semejantes, tratando de poner de manifiesto el influjo que tiene el nivel económico sobre la actividad y sobre el nivel de la inteligencia, sin excluir —¡muy por el contrario!— el que las categorías "inteligencia", "talento", "genialidad" sean esencialmente caracteres individuales, biológicos, congénitos, caracteres que el ambiente social y económico puede bien desarrollar y hacer incluso que se manifiesten, pero que no puede crear (edición española, Barcelona, 1907).

embargo, a los muertos y no a los vivos, y que producirá, además, un “envejecimiento” de la población misma, puesto que ésta se compondrá de un por ciento incrementado de viejos.⁸ En tales condiciones ¿cómo podría hablarse —dado simplemente un fuerte aumento de la población y un aumento de la densidad material y moral— de tal aumento demográfico como índice único de superioridad y de progreso?

Volveremos a encontrar algunos de los índices antes mencionados (riqueza, masa de la población) cuando hablemos de las pretendidas causas de la civilización superior y del progreso.

¿ÍNDICE ÚNICO?: CRIMINALIDAD, CULTURA Y CONQUISTAS DE LA MECÁNICA, ALTRUÍSMO. Menos discutible que la de los índices precedentes —pero siempre de naturaleza demasiado unilateral— es la doctrina de quienes ven en el aumento o en la disminución de algunas formas de criminalidad el índice único y esencial para “medir” el grado de elevación de una civilización.

Se hace observar así —como lo han hecho los primeros estudiosos de la escuela italiana de criminología con Sighele, con Ferrero y con otros— que las civilizaciones inferiores o bárbaras expresan sobre todo su criminalidad con formas violentas, con crímenes de sangre, mientras que, conforme la civilización se afina y se eleva, la criminalidad violenta y de sangre tiende a disminuir y se ve sustituida (puesto que el delito y acciones antisociales no desaparecen jamás, sino se transforman) por una delincuencia cuya base está en el fraude, y tan es cierto, que en el seno de la misma civilización las clases inferiores (que viven en un clima de civilización inferior a aquel en el que viven las clases superiores) cometen delitos de sangre y de violencia en proporción bastante mayor que las clases superiores, cuyos miembros, en cambio, cometen sobre todo delitos y acciones fraudulentas.⁹ De ahí se obtiene, como consecuencia, el que

⁸ El punto del que tratamos: aumento de la población debida no ya al aumento de los nacimientos, sino a la disminución de las defunciones, es problema que concierne al aumento de la vida media, la vitalidad de los jóvenes, la madurez de los adultos, la longevidad de los viejos, la probabilidad de llegar a la vejez, el envejecimiento de la población. Tratamos de ello en nuestra memoria “Misure varie indicanti il decremento della mortalità italiana: Che cosa insegnano le nostre tavole di vita e di morte circa il prolungamento della vita”, en la revista *Le Assicurazione sociali*. Roma, mayo-junio, 1938 y julio-agosto, 1938.

⁹ A. Niceforo, *Antropologia delle classi povere*. Milano, 1908, capítulo II, página 105, capítulo en el cual se encontrará también el examen de las relaciones existentes entre las condiciones de vida pobre o mísera, por una parte, y las características psíquicas de los individuos que se encuentran viviendo en tales con-

un grupo de población, una época, una zona territorial —una “civilización” en una palabra— deberán de colocarse en una posición jerárquica más elevada conforme disminuyan las manifestaciones de criminalidad violenta y de sangre. La tesis tiene un contenido más bien pesimista, en cuanto enseñaría que el delito no desaparece, sino que se transforma, y que la civilización, en cuanto se desarrolla conforme a formas cada vez más elevadas, adquiere formas de criminalidad y de antisocialidad que le son tan propias como a la barbarie le son propias las suyas. La doctrina misma igualmente hacía observar que, de tiempo en tiempo, una “civilización” pasa de las características de la barbarie a las propias de la civilización superior, para volver después a algunas formas inferiores y bárbaras, y que, superadas éstas, vuelven a elevarse; en esta alternancia de fases ya disminuyen, ya aumentan los delitos de violencia y de sangre. Como quiera que sea, el índice “criminalidad violenta o de sangre” puede servir para dar idea —siempre que no se tome como índice único— de algunas características de la superioridad o de la falta de superioridad de una civilización.

No hablaremos, ni siquiera de paso, del índice único “grado de difusión de la *cultura*” (y de la técnica) o del constituido por las *conquistas mecánicas*, a los que se vuelve con tanta frecuencia cuando se quiere evaluar en forma complexiva el grado de elevación y superioridad de una civilización. Del primero (cultural) tendremos ocasión de hablar más adelante, cuando nos refiramos a las pretendidas “causas” de la civilización y del progreso; del segundo, íntimamente ligado al primero, son notables y evidentes las críticas que pueden dirigírsele, en cuanto que es evidentemente imposible evaluar en forma total la vida material, intelectual, moral y el ordenamiento social... por el modo en que funcionan las máquinas y por el modo en que el hombre se transforma en una máquina o se sirve de implementos mecánicos.

Por otra parte, el tema “índices únicos” ha sido tratado largamente en el capítulo cuarto de nuestra obra *Les indices numériques de la civilisation*, en el cual se habla también del índice único (de carácter absolutamente diverso y diríamos que casi opuesto al proporcionado por el progreso mecánico) constituido por el *grado de altruismo* de los grupos sociales que forman una sociedad y de otros más. Cosas de las que,

diciones de vida o que caen en ellas. Véanse también en el segundo volumen de nuestra ya citada *Criminología; Ambiente e delinquenza*. Milano, 1943, los capítulos IV-VI que tratan, precisamente, de las relaciones entre civilización, delitos de sangre y transformaciones de la delincuencia.

repetimos, tendremos ocasión de hablar más adelante, en su sitio y tiempo.

Más bien advertiremos, de inmediato, la forma en que se llega a una definición del progreso (de una sociedad) si por civilización *superior* se entiende que se trata de mejorar condiciones de vida material, intelectual, moral y de un mejor ordenamiento políticosocial. Es claro, entonces, que por progreso (de una sociedad) debe de entenderse el mejoramiento de las supradichas condiciones de vida al través del tiempo. Veamos, en efecto.

MOVIMIENTO (Y, POR TANTO, PROGRESO O DECADENCIA) DE UNA CIVILIZACIÓN AL TRAVÉS DEL TIEMPO. Una vez elegidos los índices —numéricos o no numéricos— que *describen* sintéticamente una civilización en un tiempo y en lugar dados, se obtiene de ese modo una “descripción” sintomática que es una descripción *estática* de una civilización, y se pueden seguir los índices previamente elegidos, al través del tiempo, para ver de qué modo la civilización examinada se muda o transforma más o menos, intensificándose o abatiéndose los índices sintomáticos que la describen. En otros términos: si el examen de la vida material, intelectual, moral y del ordenamiento políticosocial de un grupo de población es el examen estático de la civilización de tal grupo, bastará con seguir al través del tiempo las transformaciones de tales categorías complejas de vida para realizar el examen dinámico (y siempre objetivo) del movimiento de tales civilizaciones.

Nótese bien que aun el mencionado examen, al través del tiempo, puede hacerse de dos modos diversos: *a*), siguiendo las mutaciones de todos los índices, numéricos o no, sin emitir juicio sobre el valor de tales mutaciones por lo que respecta al progreso o a la regresión social, con lo cual se obtendrá una descripción simple y objetiva de la *transformación de una civilización al través del tiempo*; *b*), eligiendo sólo aquellos índices, numéricos o no, que indican (como ya hemos dicho en la búsqueda de la superioridad o falta de superioridad de una civilización) el mejoramiento de las condiciones o del estado de vida material, intelectual, moral y del ordenamiento políticosocial. En tal caso, más que hacerse con una descripción que haga ver la forma en que la civilización que se examina se ha transformado o no, se tendrá una *apreciación del progreso* (o de la decadencia o del estancamiento) que esa civilización ha sufrido al correr el tiempo. Progreso social, diremos, que implica el mejoramiento —como se ha dicho— de todas y cada una de las cuatro categorías arriba señaladas, entendiéndose precisamente

por progreso social el mejoramiento de aquellas condiciones o estado de vida, mientras que se entenderá por estancamiento o decadencia aquella situación en la que esas condiciones o estado muestran igualdad o empeoramiento.

MEJORAMIENTO INDIVIDUAL Y MEJORAMIENTO SOCIAL: INDIVIDUO Y SOCIEDAD. Antes de continuar adelante, debemos tratar de un problema (a propósito del “mejoramiento”) que, necesariamente, se presenta ahora. Indudablemente, hay progreso cuando se manifiestan condiciones mejores para los individuos que forman parte de la sociedad que se examina, pero una sociedad ¿no tiene, por ventura también —como ya indicamos—, su propia vida como organismo, de por sí, que sobrepasa el espacio y el tiempo de cualquier existencia humana singular? ¿No tiene ella también, por ventura, su destino, sus exigencias y sus derechos que salvaguardar y proteger? ¿Cómo, entonces, limitar nuestro sistema de medida y de enjuiciamiento a los individuos únicamente cuando se quiere hablar de civilización y de progreso? ¿No será, por tanto, necesario también el preocuparse, al mismo tiempo, de la sociedad a la que esos individuos pertenecen?

Supóngase, por un instante, que unas mejores condiciones de vida para los individuos lleven consigo la decadencia más o menos considerable de la sociedad. ¿Qué valor podría atribuirse a las mencionadas “condiciones de vida mejores”? ¿Qué valor otorgar a una declaración que considerara a tales índices como superiores? Reflexiónese, en efecto, sobre los puntos siguientes:

¿El más alto nivel de vida, por ejemplo, lleva consigo una disminución de la natalidad? Los hombres de hoy vivirán mejor, pero la sociedad de mañana estará amenazada en cuanto al número de sus componentes, y, por tanto, en cuanto a su existencia misma.

La disminución de la mortalidad prolonga la vida, “envejece” —como ya decimos— a la población, aumentando el número de los individuos de las clases avanzadas de edad. Está bien para hoy, pero el mal se verá mañana.

Y ¿será cierto el que una “cerebralización” constantemente incrementada con su difusión de la cultura y el mayor imperio (más o menos aparente) del pensamiento y en ocasiones del sofisma sobre el instinto y sobre el sentimiento, aun cuando pueda ser considerada como un bien para el individuo (cada vez más sabio), puede llegar a constituir un peligro para la sociedad de mañana?

Más aún: la difusión y el aumento de la riqueza, que llevan consigo

toda clase de agio y de lujo indican —es cierto— un mejoramiento individual, ¿pero no está anunciando (como querían los moralistas de todos los tiempos) el principio del fin para la sociedad que se deja disolver por tal lujo?

Señalan asimismo los más crudos observadores de la vida social que un nivel de vida cada vez más elevado y noble en lo moral, dentro de la conducta del individuo, lleva fatalmente a una destrucción de la sociedad de parte de aquellos otros grupos cuyo nivel de vida es aún primitivo, feroz y salvaje.

Por otra parte, los despiadados observadores a que nos referimos pretenden inclusive que, alcanzado un ordenamiento políticosocial en cuyo alto nivel se concede plena libertad de moverse y de actuar hasta un grado máximo e insuperable para los individuos (quienes se encuentran, de este modo, en mejores condiciones en este aspecto en sus vidas individuales), se produce un abuso de dichas libertades, y un abuso tal que conduce después, siempre, necesariamente, a la desaparición de la sociedad. Deberíamos decir con propiedad: ¿necesariamente? El destino de los individuos y de los agregados sociales, incluso llegados a aquel máximo de libertad del que hablamos, ¿quizá no depende, en buena parte, de la psicología de esos individuos y de esos agregados, psicología que, en algunos pueblos o razas, sabe usar sin abuso de las libertades concedidas o conquistadas, mientras que en otros pueblos o razas corre desenfrenadamente al abuso?

Hay que decir, por tanto, para volver al difícil tema: condiciones de vida para las cuatro categorías mencionadas (materiales, intelectuales, morales, etc.) que sean mejores simultáneamente para los individuos y para la sociedad. Pero ¿es posible encontrar tal acuerdo? ¿O deberemos, por el contrario, y ya desde ahora, resignarnos a admitir que el acuerdo entre las dos tendencias no es duradero y que casi se trata de dos viajeros que se adaptan mal a estar bajo el mismo techo, porque uno parte o se apresta a partir cuando el otro llega o ha llegado hace poco? ¿Y que, por consiguiente, toda civilización tiene su trayectoria, que se expresa con el progresivo mejoramiento, en primer término, de las condiciones individuales de vida, de las cuales poco a poco provienen o fácilmente pueden provenir signos y hechos de decadencia colectiva, o sea, social, más o menos lejana? Necesitaríamos índices de justo equilibrio entre lo individual y lo social, índices capaces de “medir” verdadera y simultáneamente la mejoría de condiciones para los individuos y para la sociedad e índices objetivos de este tipo (sin contentarse, por tanto, con un índice único) tomando en consideración las cuatro

condiciones de vida que hemos mencionado como constitutivas de una civilización. Índices, decimos, que señalen un justo equilibrio entre los intereses y el bienestar de los individuos, por una parte, y el bienestar de la sociedad, por el otro, pues no habría que caer en el error de dar demasiado a una o a otra parte. El individuo tiene que sacrificarse por la sociedad, pero también ésta tiene que abstenerse de pedirle demasiado, pues, si no, parecería apropiada la conclusión sarcástica del filósofo: “De los sufrimientos de los individuos nace el bien general, de modo que, conforme son más los individuos que están mal..., mejor está la sociedad” (Voltaire, en el *Cándido*).

Y bien: ¿es posible encontrar tales índices? ¿Es posible hacer la aplicación de los mismos?

ÍNDICES MENSURATIVOS DEL MEJORAMIENTO DE UNA CIVILIZACIÓN EN EL ESPACIO Y EN EL TIEMPO. Si permanecemos fieles a nuestra definición de civilización (condiciones de vida material, intelectual, moral y ordenamiento político social), según la cual hay civilización superior ahí en donde son mejores tales condiciones de vida tanto para los individuos como para la Sociedad, y habiendo quedado establecido que no es posible o que es cosa arriesgada y peligrosa fiarse de un solo índice —índice único— cuando se trata de tener una idea y una medida del grado de superioridad en las cuatro categorías anteriores o también fiarse de un índice único para cada una de ellas, veamos cuáles podrían ser los varios índices en los que cabría detener la atención para señalar, expresar y medir también (pues se trata de índices numéricos) el mejoramiento de todas y cada una de esas cuatro condiciones de vida señaladas anteriormente.

MEJOR ESTADO DE LA VIDA MATERIAL. De inmediato se presenta la idea de detenerse en la *tasa de mortalidad general* para tener un signo sintético y sintomático de las condiciones materiales de vida; es decir, que serían mejores condiciones las de aquella sociedad en la que la mortalidad fuera menor, y habría progreso ahí en donde la mortalidad decreciera. Nótese que la medida usualmente adoptada de la mortalidad (número de muertos en un país y en un año por mil habitantes) es engañadora. Mejor adoptar la llamada tasa “estandarizada” o “normalizada” de mortalidad, por tanto, que debe completarse aún con algunas indicaciones numéricas obtenidas de la tabla de supervivencia; por ejemplo, ¿una generación de mil personas nacidas, en la población examinada, después de cuántos años se reduce a la mitad,

o sea, a 500? ¿Después de cuántos años se reduce a una cuarta parte, o sea, a 250? ¹⁰

Aún deberá de completarse el cuadro con otros índices como el de la *mortalidad infantil* (mortalidad de los niños de menos de un año) que es un índice bastante sintomático, y también con aquellos otros relativos a la mortalidad por algunas causas especiales, como los de la mortalidad por enfermedades *infecciosas* y *contagiosas*. Las transformaciones de tales fenómenos son bastante sensibles al mejoramiento de las condiciones económicas, a la difusión de la cultura, a la multiplicación de los medios asistenciales y de las medidas higiénicas de gobierno.

El conjunto de los índices arriba mencionados podría ser considerado como una primera medida de la elevación o falta de elevación de las condiciones de vida material del grupo por examinar y juzgar. Esto, no obstante, se podrían presentar varias objeciones y a propósito del mismo punto fundamental: la reducción de la mortalidad ¿constituye verdaderamente un mejoramiento individual y social? Las objeciones, en realidad, podrían resumirse como sigue: *a*), la filosofía pesimista afirma que la vida es un mal (Leopardi); *b*), la prolongación de la vida dilata y hace más precoz la vejez con todo el triste cortejo de esta grave enfermedad: enfermedad *ipsa senectus!* y multiplica algunas causas especiales y bastante temidas de muerte; *c*), la selección ejercitada por la muerte en las primeras edades y también entre los adolescentes y los jóvenes, aun cuando cruel, prepara y permite la aparición de generaciones más robustas y más capaces de resistir; *d*), la fuerte reducción de la mortalidad transforma —al prolongar la vida y multiplicar el número de viejos —el gayo paraíso de los jóvenes y de los adultos trabajadores en un triste limbo de viejos, “seres improductivos que se demoran demasiado por los sombríos caminos de la vida” . . . , como dicen los jóvenes!

Continuemos, de todos modos, para seguir buscando índices de las mejores condiciones de vida material. La *riqueza media* por habitante, en el grupo que se está examinando, ¿no sería, quizá, un buen índice que agregar a los precedentes? Aun aquí haremos la advertencia: no

¹⁰ La literatura relativa al modo de componer una “población tipo” y de adoptar tal población tipo para comparar la mortalidad general en diversos países es riquísima, pero no es el caso de pasarle aquí revista; refirámonos simplemente a las páginas 515 y siguientes de nuestro *Metodo statistico*, edición de 1931, en la cual se hacen referencias al respecto y se proporcionan ejemplos acerca del modo de calcularla. También se exponen observaciones críticas. Véanse también las presentadas por L. Galvani, por M. de Vergottini y por otros.

basta con juzgar de la riqueza *media*, o sea, de la riqueza por habitante de tal población. Una media es una máscara que puede cubrir, en cada caso, rostros y rasgos profundamente diferentes. Es necesario tomar como índice no la *media*, sino la forma de distribución o reparto de la riqueza, o sea, la llamada *curva de distribución de la riqueza*, la cual, mediante uno de los valores de la ecuación que la representa, mide el grado de igualdad o de desigualdad, que tendría gran valor sintomático no sólo en relación con las otras condiciones de vida si es cierto que, al cambiar la desigualdad de la distribución de la riqueza en una sociedad o en una época cambian al mismo tiempo las ideas políticas, filosóficas, morales, tal y como quisieron demostrarlo no sólo los sociólogos y los economistas y los psicólogos de hace cerca de medio siglo, sino incluso los escritores, como es el caso de Prosper Mérimée, quien, en una página de su *Diana de Turgis*, habla de la democracia y de la aristocracia coligadas, respectivamente, a la menor o mayor concentración de la riqueza.¹¹

Pero objeciones las hay también aquí sobre uno de los puntos fundamentales: ¿Es verdaderamente una mayor riqueza índice de las mejores condiciones individuales y sociales? a), recordad la duda, ciertamente no del todo sofística, del filósofo Crates, expuesta por Diógenes Laercio: Crates dudaba de la utilidad y del valor que la riqueza pudiera tener para la superación intelectual y moral del hombre, así como para la felicidad humana. Si hubiese tenido hijos, los hubiera querido pobres; b), la riqueza, el lujo, la opulencia, son venenos sociales que producen inexorablemente la decadencia social. El oro es el veneno de la civilización.

¹¹ Son bastante conocidos para los técnicos del método estadístico los varios modos de representar mediante una ecuación la curva de distribución de los individuos en relación con su patrimonio o ingreso; basta consultar al respecto cualquier tratado reciente de metodología estadística. También pueden darse otros modos de representar —al menos en relación con sus características esenciales— la distribución de la riqueza en un grupo de individuos con el fin de ver si esa riqueza se encuentra distribuida igualmente o se encuentra más o menos concentrada en algunas manos únicamente, y para ver, al mismo tiempo, si es mayor o menor (por decirlo así) la distancia entre los ricos y los pobres. Los métodos mencionados, que expresan el juicio en cuestión mediante pocas cifras y pocos símbolos, son bastante más eficaces que el método que recurre simplemente a la cifra equívoca que indica la riqueza media por habitante. De esos métodos se encontrará explicación e ilustración en nuestra ya citada *Introduzione allo studio della statistica economica*. Messina-Milano, 1934, pp. 186-218, y también Roma, 1943.

Podremos también volvernos —en la recolección de nuestros índices— al proporcionado por lo que se conoce como *nivel de vida*. Conforme sea más alto el nivel de vida serán mejores las condiciones materiales. Pero, en el fondo, se trata de un índice del mismo género del ofrecido por la riqueza, sobre el que ya hemos discutido. El nivel de vida se mide numéricamente, por la altura de los salarios reales, por la cantidad y la calidad del consumo, especialmente de artículos que no son de primera necesidad (como el tabaco, el azúcar, los productos alimenticios de primera calidad, etc.), por las cifras obtenidas —como hacía Rowntree en su *Poverty*— de los presupuestos familiares. Cifras todas que, con suficiente veracidad, permitirían comparar pueblo con pueblo, clase con clase, tiempo con tiempo. Pero... objeciones acerca del mismo punto de partida no faltan, porque ¿una elevación del nivel de vida es verdaderamente índice del mejoramiento continuo de las condiciones de vida individual y social en conjunto? Nótese que aquí exponemos, no afirmamos. Pasamos revista, no juzgamos. Objeciones, por tanto: 1), la elevación del nivel de vida lleva consigo una multiplicación de las necesidades; pocas necesidades, pocas y breves amarguras; muchas necesidades, mucho dolor; 2), la continua elevación del nivel de vida puede ser causa u ocasión para una reducción en el número de los individuos del grupo por disminución de la natalidad: el porvenir numérico del grupo y de la sociedad se encuentra, en tal caso, amenazado; 3), finalmente, las mejoras más sutiles y sorprendentes de la técnica, que en la vida cotidiana aumentan todas las comodidades, que abrevian las distancias, que alargan el tiempo, que conducen al hombre a sitios a los que sólo lo conducían las fábulas y leyendas (o sea, lo mismo a los abismos del mar que al fondo de los cielos) fueron acusados (¿sin razón?) de llevar, junto con tanto gozo, el veneno más sutil de la destrucción, proporcionando armas cada vez más mortíferas al mal deseo congénito de los hombres; mejoramientos, por tanto, que tienen una triste recompensa. El submarino, el aeroplano, los gases asfixiantes —dejó escrito no se sabe si en serio o de burla un sarcástico observador de la vida social— fueron los inventos más dañinos y diabólicos del siglo xx, tanto que no llegan a igualar a las más mortíferas de las antiguas pestes.

MEJOR ESTADO DE LA VIDA INTELECTUAL. ¿Cuáles son, entonces —segunda categoría de índices— los índices sintomáticos y objetivos de las mejores condiciones tanto individuales como sociales de *vida intelectual*? Parece fácil definir qué es lo que significa aquí “mejores condiciones

de vida". Sin embargo, comencemos por hacer una distinción. Y distingamos entre el puro y simple saber o difusión de la cultura, por una parte, y lo que podría llamarse *productividad* de parte del grupo cuya civilización quiere juzgarse, *en cuanto a obras intelectuales y en cuanto a hombres de genio y de talento*. Es factible medir el nivel de cultura, pero ¿es verdaderamente posible alcanzar una medida de la segunda categoría? Y, sea como fuere, tal medida tendría que figurar en un sistema de índices como el presente. Veamos, por tanto.

a) Para el *saber* tenemos el número de analfabetos, el número de inscritos en las escuelas en los diferentes grados, el número de quienes obtienen el certificado, siempre y cuando éste no se otorgue demasiado fácilmente; algunos datos relativos a las bibliotecas y a los periódicos (número de bibliotecas y su naturaleza, número de lectores y naturaleza de las obras que se ofrecen para su lectura, naturaleza y número de los periódicos, etc.).

b) Y ¿para la *productividad intelectual*? Tarea más difícil, pero intentada ya, consistente en contar y clasificar la producción de obras; contar y clasificar a los hombres que han alcanzado la fama, como hubo de proponer y de sugerir Alphonse de Candolle, quien "midió" la productividad, en hombres de genio y de talento, de los diversos Estados de Europa, en los diversos siglos y las diversas religiones, como hubieron de proponerlo y sugerirlo también Fray Galton, Pullè, Bellio, Lombroso, Odin, Lapouge, Jacoby y otros, y también quien esto escribe "midiendo" este último la productividad de las diversas escuelas de pintura en Europa, siglo por siglo, del XII al XIX. El tema concerniente a la medida de la productividad genial, pueblo por pueblo, época por época, e incluso clase social por clase social, forma un capítulo interesante de aquella constelación de indagaciones que, como ya dijimos, nos gustaría denominar *geniología* o estudio del hombre de genio por lo que se refiere a sus caracteres biológicos y psíquicos, por un lado, y a su ambiente geográfico y social, por otro; en sus relaciones con los acontecimientos sociales, finalmente. "Ciencia" que aún queda por sistematizar.¹²

c) Pero, regresando a nuestro tema, ¿concluiremos afirmando que es civilización superior o progresiva aquella en donde los índices del saber y de la productividad genial son más altos y vibrantes? Sólo

¹² Refirámonos al capítulo consagrado a la *geniología* de nuestro tratado *Perfil di una statistica biologica* publicado en los años de 1932, 1933, 1934 de la Revista *Difesa sociale*, Roma.

que hay objeciones posibles, como las hechas anteriormente; objeciones posibles acerca de si constituye o no la más amplia difusión de la cultura y la más intensa productividad intelectual mejores condiciones de vida tanto individuales como sociales. 1), la antigua máxima decía: “la ciencia es dolor”; el sabio sentenciaba: “quien aumenta el saber... aumenta el dolor”. Repite hoy la misma cosa el filósofo moderno cuando, con sutil penetración, observa que ampliar el ámbito de nuestros conocimientos es aumentar, al mismo tiempo, los puntos de contacto con lo ignoto. Y lo ignoto y lo incognoscible le aportan al intelectual sufrimiento; 2), la difusión de la cultura ¿no trae, por ventura, consigo misma, una multiplicación de las enfermedades nerviosas o mentales? 3), ¿no va, por ventura, acompañada de aquel desarrollo morboso del individualismo y de esa violenta intensificación del proceso de “capilaridad social” por el cual el individuo quiere, en forma cada vez más tenaz, ascender hacia los escalones sociales más altos? (Arsène Dumont ha legado su nombre a tal doctrina) y de ahí un conjunto mayor aún de ásperas y de asperísimas luchas por la vida y un conjunto mayor de dolores individuales; 4), difusión de la cultura, finalmente, y difusión de la “racionalidad”, que sustituye poco a poco al “instintivismo”, como ya hemos oído sostener a algunos (A. Vierkandt), siendo como es el último el que lleva verdaderamente a la acción y a la multiplicación, a la conservación numérica del grupo.

MEJOR ESTADO DE LA VIDA NORMAL. En este deambular por diversas vías, recorriendo una tras otra dentro de esta búsqueda que realizamos, tenemos ahora la tercera categoría: las condiciones de la *vida moral*. ¿Cuáles son los índices objetivos de las mejores condiciones de dicha vida, tanto para los individuos como para la sociedad, considerados simultáneamente? Menos difícil, al menos de primera intención, podía parecer la investigación en cuanto se trataba de las categorías precedentes. Aquí se presenta como más difícil y, quizá como insoluble, el problema. No se trata, repetimos, de describir todos los hechos que forman la estructura y la vida moral de una sociedad, sino sólo de entresacar unos pocos de entre ellos, pero que sean sintomáticos de ese todo del cual se extrajeron.

Pensándolo bien, podríamos llegar a considerar que el sentimiento de *justicia*, el sentimiento de *piedad* y el de *probidad incluso*, serían los hechos señaléticos sobre los que nuestra atención debería de detenerse. Existiría la precisión, no menor, de definir bien, en primerísimo lugar, lo que haya que entender por justicia, por piedad, por probidad, defi-

niciones que no son fáciles ciertamente. Vienen a la mente, de todos modos, definiciones de justicia como la dada por Aristóteles en su *Ética nicomaquea*, o como la de H. Spencer; aquella justicia —como decía Franco Sacchetti— “que conserva no sólo esta Tierra, sino el Mundo” (Novella CLIII). Traer a la mente también lo que entiende Garófalo a propósito de “delito natural”.¹³ Habría —además— que indicar al través de cuáles signos externos puede reconocerse en una sociedad el grado de difusión de cada uno de esos sentimientos. No basta; habría que mostrar también la forma y el porqué la elevación del sentido de justicia, de piedad, de probidad pueden servir a los hombres, individualmente, para *sentirse* mejores (y esto, quizá, es algo que evidentemente todos sienten, si saben sentir bien) y también a la sociedad para *sentirse* mejor, o para ver garantizadas mejores condiciones de vida para el porvenir.

Aun aquí, sin embargo, aparte de las dificultades que hay para definir con exactitud las tres grandes categorías mencionadas (piedad, probidad, justicia), aparece más de un amargo moralista para enseñar que la presencia de esas divinidades en el ánimo humano, si mejora las luces internas de ésa, no impide que siga siendo triste la suerte de la vida externa del individuo, vida externa que —en la lucha diaria— no tiene verdaderamente necesidad de esos altos sentimientos para vencer y sobrevivir. . . Y aparecen después los escépticos, con la Historia en la mano, para enseñar, o creer enseñar, que las sociedades mismas, a la larga, resultan víctimas de esos sentimientos elevados, por quedar desarmadas, por decirlo así, frente a otras sociedades guarecidas más crudamente de armas. Cosas todas que forman un conjunto difícil de abarcar por medio de un estudio verdaderamente objetivo del problema. Decía el antiguo filósofo que no valía verdaderamente la pena vivir en una sociedad en la que los dioses estuvieran ausentes. ¿No podremos suscribir el mencionado aforismo afirmando que no vale la pena vivir en una sociedad en la que la justicia, la piedad y la probidad estén ausentes o hayan huído? ¿Y que, por otra parte, no puede vivir con los

¹³ Para la discusión nos permitimos hacer referencia al capítulo de nuestro tratado de *Criminología* consagrado al tema “¿Qué cosa es el delito?”, en donde hay palabras sobre los sentimientos fundamentales de piedad y sobre aquellos que pueden considerarse como elementales para la convivencia y la conservación social (2ª Ed., 1949, Vol. I). Véanse también nuestros escritos “Dall'Ego egoistico al Superego altruistico” en la *Scuola positiva*. Milano, enero-junio, 1947, y el capítulo segundo de la parte tercera de nuestro trabajo *L'Io profondo e le sue maschere*.

dioses una sociedad privada de estas grandes luces? ¿Y que, por consiguiente, estas tres características forman la segura piedra de toque que devela y mide las mejores condiciones de vida moral tanto para los individuos como para la sociedad?

Admitámoslo. Pero cuántas dificultades para traducir el estado y el grado de los tres sentimientos a los que nos estamos refiriendo por medio de índices sintomáticos, objetivos y numéricos. Todos los esfuerzos —verdaderamente laudables— de quienes trataron de fundar y diseñar una “estadística moral” (de M. Guerry y de A. Quetelet a los estadísticos A. Oettingen, G. Rumelin, M. G. Drobrisch) ¿han sido coronados verdaderamente por el éxito? Sólo las cifras de la estadística de la criminalidad podrían dar un vislumbre y algunos reflejos del cuadro intentado de los índices numéricos de la vida moral y sólo por lo que se refiere a atentados a las formas elementales de la piedad y de la probidad. Esto para no hablar de cuán discutible es el valor que debe de atribuirse a las estadísticas penales, y el valor que, por ello, hay que dar al aumento estadístico de la criminalidad, o de ciertas formas de criminalidad, cuando la masa de las actividades no criminales y honestas (como producción, cambio, etc.), o cuando ciertas categorías de actividades aumentan más rápidamente que la criminalidad misma (A. Messadaglia, F. Poletti, E. Ferri).¹⁴

Entiéndase bien: al hablar de la criminalidad como índice indirecto del nivel moral (así como la sombra da la imagen del cuerpo que la produce) hablamos simplemente de la criminalidad *judiciaria* o judicial, o sea, de aquella que aparece en las estadísticas judiciales penales y que se refiere a reos *denunciados*, a los *juzgados* y a los *condenados* , debiéndonos apresurarnos a señalar que tal masa no es sino una parte de esa totalidad constituída por las malas conductas que queremos medir —como la sombra— para tener idea de la misma —como para tener idea de la luz—. Una sola parte, no el todo, y esto no tanto porque permanezca ignorada la delincuencia verdadera y propia que no es denunciada, sino también, y sobre todo, porque no figura ni puede figurar en las supradichas estadísticas la cantidad no despreciable de hechos que, gracias a la inteligencia —o mejor— a la habilidad de sus autores, si bien constituyen verdaderas agresiones a los sentimientos de piedad, de probidad y a otros análogos, y aunque indiquen en quien los comete

¹⁴ Aumento de las actividades individuales y sociales, por un lado, y aumento de la criminalidad, por otro; necesidad de establecer una relación entre estas dos categorías de hechos... El tema se trata con cierta amplitud en la página 158 y en las siguientes de los *Índices numéricos* .

una psicología de los instintos y de los sentimientos de verdadera y auténtica criminalidad, no constituyen infracciones directas a la ley escrita. Las infracciones verdaderas y propias al Código penal son cometidas por individuos que pueden ser llamados objetivamente *delincuentes*, mientras que las infracciones, agresiones y malas conductas a las que aludimos tienen como autores a gentes a las que podemos llamar *malhechores*. Delincuentes de las cárceles —para entendernos— los primeros; malhechores que no están en las cárceles, sino que tienen una vida libre y que probablemente cabrían en las cárceles, los otros. La antropología criminal en especial y la criminología en general han estudiado hasta hoy, con esa originalidad de visión conocida de todos, a los delincuentes de las cárceles, creando, de este modo (como hemos dicho en otro sitio), una antropología criminal *carcelaria*, sin haber hecho aún —como que es difícil hacerlo— una antropología o, mejor aún, una antropopsicología o “criminología” de los malhechores.¹⁵

MEJOR ESTADO DEL ORDENAMIENTO POLÍTICOSOCIAL. Dijimos, hace poco que debían de buscarse los índices sintomáticos para una cuarta categoría: ordenamiento políticosocial. Aquí, nuevamente, no se trata de la tarea de describir todos los hechos que caben bajo dicho título, en cuanto hablan de la forma del Estado o del gobierno, la calidad y cantidad de derechos otorgados a los individuos, la constitución y el ordenamiento de la familia, el régimen de la propiedad, del trabajo y de otras cosas semejantes. No. Se trata de elegir síntomas objetivos, de condiciones del ordenamiento políticosocial que sean mejores, simultáneamente, para los individuos y para la sociedad.

Se debe, con todo, de hacer notar en forma inmediata cuáles son los síntomas numéricos propiamente dichos que faltan o que casi faltan totalmente en este campo. Con algún esfuerzo podrían encontrarse, sin embargo, algunos. Cantidad de los ciudadanos —por ejemplo— que pueden votar política y administrativamente o que son admitidos a deliberar —en cualquier forma que sea— sobre la cosa pública. Cantidad o número de los componentes de los diversos estratos económicos, profesionales y de otro tipo en que se divida la población; régimen de la propiedad, expresado mediante la repartición numérica de los propietarios de terrenos, de los fabricantes, de los poseedores de bienes mue-

¹⁵ Se hace referencia a tales investigaciones (criminales en las cárceles y malhechores de fuera de las cárceles) en nuestra memoria “Nuove e necessarie esplorazioni nel campo della criminologia” en la *Rivista di Diritto penitenziario* Roma, 1938.

bles, etc. . . . , y también composición cualitativa y cuantitativa de la población agrícola e industrial. Por lo que se refiere a la familia: número y causas de las separaciones legales, de los divorcios, de la tutela de los menores, etc. . . . Por otra parte, indicaciones numéricas sobre la presencia y sobre la extensión de la previsión y de la seguridad social (en Italia, por ejemplo, seguro de invalidez y de vejez, de desocupación involuntaria, de maternidad, de enfermedades profesionales, de accidentes de trabajo, de enfermedad en general y especialmente seguro para la tuberculosis. . .)

Aun cuando sin olvidar las anteriores indicaciones numéricas, será mejor contentarse con evaluaciones de orden cualitativo, lo cual significa que quien juzga no puede sustraerse fácilmente al subjetivismo. Y esto tanto más cuanto que criterios fundamentales, seguros, faltan probablemente para decidir qué es lo que deberá entenderse por mejor ordenamiento políticosocial sin temer ser contradicho por parte de los hombres o por parte de las cosas. De todos modos, veamos cómo puede procederse.

¿Mejor régimen políticosocial, por ejemplo, aquel que se aproxima cada vez más a un orden democrático? Ya tuvimos ocasión de mostrar de cuántos modos diversos —e incluso contradictorios entre sí— se entiende la palabra “democracia” y cuantos tipos diversos de democracia se han presentado efectivamente o se han señalado como tales desde los tiempos de Aristóteles a los de la Revolución francesa e incluso hasta los contemporáneos. Se podría agregar también que una definición de democracia basada en el concepto de libertad individual, de libertad de asociación y de propaganda, así como sobre los conceptos de igualdad de los hombres independientemente de cualquier consideración de raza, de religión, de nacionalidad, de profesión, etc., y basada, además, en el derecho de todo individuo a participar en la vida pública, es siempre válida y es proclamada como definición óptima por quienes privados de las libertades y de los derechos arriba mencionados piden la realización de éstos, pero que cesa de ser válida y óptima tal definición y que muda de color (aun cuando mantenga la denominación y la etiqueta externa) el día en que, aquellos que antes hacían oír sus peticiones, ven, finalmente, satisfecho su deseo.

Por otra parte, ¿son mejores condiciones de vida políticosocial aquellas que (contra lo que sucede en la democracia) constriñen al individuo dentro de un rígido sistema de coerciones y de jerarquías (como hemos recordado ya) y que transforman a la “civilización” en un sistema de coerciones? El primer sistema que se refiere a la “democracia”

probablemente otorga mejores condiciones de vida al individuo, pero algunos pretenden que la misma conduce, tarde o temprano, a la decadencia de la sociedad, mientras que el segundo sistema, que implica rígidas coerciones, conduce al sufrimiento (más o menos pacientemente soportado) al individuo, aunque algunos pretenden que eso conduce a la elevación futura de la sociedad.

Se podría decir incluso: mejores condiciones políticosociales, aquellas que, de un modo justo, establecen un equilibrio entre las actividades y la libertad individual, por una parte, y las exigencias sociales, por otra. Aquellas que, aun cuando teniendo siempre ante los ojos las necesidades sociales superiores permanentes, no descienden, sin embargo, en el ordenamiento de la vida de los individuos, por debajo de ese límite mínimo de respeto a la persona humana y a la dignidad individual, que debería ser infranqueable si se quisiera que el hombre que vive en sociedad se sintiera tratado verdaderamente como una criatura humana y no como un siervo, como un esclavo o como un enemigo. ¿Qué duda hay, verdaderamente, en que para el progreso de la sociedad, considerada como tal, resulta necesario el sacrificio parcial de los egoísmos individuales? No hay duración del consorcio social (ni desarrollo material, intelectual e incluso moral del mismo) sin ordenamiento y sin disciplina, sin un plegamiento del yo a las necesidades sociales. Pero, no hay la menor duda de que, para el mejoramiento y para el progreso de las condiciones individuales de vida, las presiones sociales han de ser tales que no lleguen a producir en ninguna conciencia uno de esos dramas que la moderna psicología "profunda" ha puesto de manifiesto, siguiendo en ello las vías abiertas por nuestra escuela italiana de psicología y de antropología criminal, y que llevan al alma a la miseria y al dolor infinitos.

Todo esto, verdaderamente, en vez de facilitar dificulta la respuesta a nuestra interrogante, pues todo ello muestra incluso de cuánto relieve puede ser el contraste entre individuo y sociedad.

UNA DUDA Y UNA OBJECCIÓN SOBRE EL SISTEMA DE LOS ÍNDICES NUMÉRICOS: CUALIDAD Y CANTIDAD. Cuando en la búsqueda de los síntomas señaléticos de la superioridad y del progreso de una civilización tratamos de atenernos, en homenaje a la objetividad, a síntomas cuantitativos numéricos, debemos reconocer que todo sistema de "medidas" resultará probablemente insuficiente, no tanto porque —como señala la paradoja de los filósofos escépticos— *qui incipit numerare, incipit errare*, como porque huye de tal sistema la "calidad", imponderable en la mayoría de las ocasiones. Una civilización es "superior" o están en "progre-

so” no sólo por la fuerza del vapor, de la electricidad, por el hierro, por el carbón, por la riqueza, o, lo que vale tanto como decir, por hechos fácilmente expresables en medidas y cifras, sino también gracias a sus esculturas, a sus historiadas moles arquitectónicas, a sus pintores vivos e inmortales, o, incluso, gracias a toda obra admirable de la inteligencia que vence y domina la materia. Y también por dotes de orden moral y político. Todo esto no se recoge fácilmente en cifras o en medidas, ni se devela de un modo ponderable todo (aun cuando siempre e incluso dentro de la rígida armazón de un sistema de cifras se haga sentir en alguna forma). Es verdad que un cierto reflejo de toda esta vida espiritual— que verdaderamente es una diadema y una diadema de oro de una civilización superior— aparece en las cifras mensurativas propuestas por nosotros y aducidas como ejemplo...—, pero ¿es verdaderamente capaz ese reflejo de darnos una visión exacta de la fuente de luz de la que mana? Cifras y medidas se vuelven indudablemente útiles y capaces de proporcionar una imagen precisa de la elevación y del progreso material y, si se quiere, también del intelectual, pero difícilmente nos auxilian en lo que se refiere a la superioridad y al progreso de la vida moral y del régimen político y social. Puede decirse con Morgagni, que no hay que contar sino que evaluar las observaciones. *Non numerandae sed perpendendae sunt observationes!* Valga, a propósito de esto, cualquier simple recuerdo, como el siguiente:

Ahora que se afirma, por ejemplo —con asertos genéricos, por cierto, pero bastante expresivos en cuanto paradójicos—, que la característica de la civilización griega era, precisamente, la *calidad*, mientras que las características de otras civilizaciones, incluso enormes, como la india o la egipcia, estaba más bien en la *cantidad*, ¿no se llega a reconocer con ello que la cualidad y el conjunto de algunas cualidades son parte viva de una civilización tanto por lo que se refiere a su descripción como en lo referente al juicio que debe de emitirse acerca de ella? Se dice, con razón o sin ella, que la calidad, en la civilización griega, se encontraba en la sobriedad, en la medida, en la armonía, en la belleza; que se manifestaba en toda expresión de la vida colectiva: belleza, simplicidad y sobriedad que la medida no puede aprender o que, al menos, puede captar con bastante dificultad. “Conciliemos lo bello con lo simple”, hace decir Tucídides a Pericles en el discurso para el funeral a los atenienses, y Píndaro proclama el *μηδέν ἄγαν* (nada en demasía), o sea, la necesidad de mantenerse en todo lejos de los extremos.¹⁶

¹⁶ Para indicaciones más extensas y un recuerdo de los juicios dados por Pitágoras y Teognide de Megara (y después por Voltaire y por Hipolito Taine,

Se dice, por tanto, que entre lo que caracteriza a algunas civilizaciones está la calidad, mientras que lo que caracteriza a otras civilizaciones contemporáneas es, por el contrario, la cantidad, pero (que sepamos) nadie ha notado jamás que tales clasificaciones se encontraban ya en embrión en aquel discurso preliminar que George Sand pone frente a la edición francesa de 1866 de la obra de Fenimore Cooper, oponiendo a los pueblos que todo lo sienten dejándose guiar por la masa de la grandeza material aquellos otros que juzgan de acuerdo con la calidad, o sea, la proporción y la armonía. Y también los estudiosos de la historia del arte han notado, hace tiempo, la diferencia que existe entre los pueblos amantes de la cantidad y los otros. En su *Grammaire des arts du dessin*,¹⁷ Charles Blanc indica la oposición que existe entre la arquitectura, sobria y armónica en sus tres dimensiones, grecolatina, y aquellas otras arquitecturas desmesuradas hindúes y egipcias. Los críticos literarios, por su parte, al comparar la longitud de la *Iliada* y de la *Odisea* con la de los poemas hindúes, han hecho notar más de una vez que mientras la *Iliada* no llega a los dieciséis mil versos, el *Ramayana* tiene cerca de cuarenta mil y el *Mahabharata* alcanza los doscientos mil. “Nunca anochecía en la imaginación de un griego, y, como las cosas desmesuradas son forzosamente cosas oscuras en cualquiera de sus puntos, toda concepción griega era naturalmente medida.”¹⁸

Si los caracteres cualitativos arriba mencionados son lo que hay de particular en la elevación o falta de elevación de una civilización dada, ¿cómo reducir completamente el estado de una civilización a expresión numérica?

MULTIPLICIDAD DE ÍNDICES. Ha llegado la hora de resumir y de precisar, si es ello posible.

Al tratar en otra ocasión de un modo completo el tema que aquí nos ocupa, y teniendo entonces el deseo de detenernos sobre todo en los síntomas numéricos, a modo de obtener una medida precisa y tratar, por otra parte, de no dejar que nos detuvieran en el camino objeciones más o menos sofisticadas como algunas de las anteriormente mencionadas (“la muerte no es un mal, sino un bien”, etc.), propusimos no un índice

etcétera) haremos referencia al párrafo 33 del capítulo IV de nuestra obra *Les indices numériques de la civilisation*.

¹⁷ París, 1867, pp. 88-96.

¹⁸ A. y M. Croiset, *Histoire de la littérature grecque*. París, 1896. Tomo I, página 11.

único de la superioridad y del progreso, sino un conjunto de índices numéricos. ¿Cuáles?

Para la *vida material*, la menor mortalidad o la disminución de la mortalidad y especialmente algunas de sus formas y para algunas categorías de edad; además, la elevación del nivel de vida (riqueza, alimentación, habitación, etc.) y aun el excedente del número de nacimientos sobre el de muertes, así como otros. . .

Para la *vida intelectual*, la difusión de la cultura, medida de los modos más variados, como, por ejemplo, por el número de analfabetos, escuelas, bibliotecas, periódicos, etc. . . . , así como por el aumento en el número de creaciones intelectuales y en el número de hombres de genio y de talento (que deben medirse gracias a los métodos adoptados ya por De Candolle, por Odin y por otros, como mostramos ya en otra parte) . . .

Para la *vida moral*, probablemente haya que reducirse a índices indirectos y limitados: la disminución de la criminalidad, ya sea en relación con la población como referida a las actividades honestas que se multiplican, mostrando la importancia relativa de una y otra; disminución (además) tanto de la criminalidad en total como de algunas de sus formas particulares, pudiendo agregarse los datos concernientes a la intensidad y a la difusión de la asistencia y de la beneficencia y de aquello que desde hace algún tiempo se conoce con el nombre de "servicio social", a propósito del cual, también, hemos propuesto en otro sitio una serie de índices y de medidas numéricas que distinguen las diversas categorías de servicios asistenciales, de acuerdo con la edad, el sexo, las condiciones económicasociales de los asistidos.¹⁹

Acerca de los numerosos índices del *régimen políticosocial*, hay que renunciar a un sistema de índices numéricos y recurrir sólo a algunos datos —como ya dijimos— relativos a las estadísticas judiciales, económicas, demográficas y de otro tipo, como: estadísticas concernientes a la estructura y al funcionamiento de la familia y de la propiedad; estadísticas de la vida y de la actividad política (cantidad y tipo de los diversos partidos políticos, etc.), datos —sin embargo— que podrían suscitar discusiones fastidiosas y no concluyentes. Algunos de dichos índices numéricos, por ejemplo, enseñarían en qué zonas o territorios de un país dado, o en cuales estratos de la población, son más o menos frecuentes las separaciones personales de los cónyuges o los divorcios; en qué zonas y en qué épocas la propiedad de la tierra es más extensa

¹⁹ Conferencia Internacional de Servicio Social. Sección I, París, 1928.

o más fraccionada; en qué zonas territoriales (por ejemplo, urbanas o rurales, industriales o no, etc.) es mayor o menor la presencia y la influencia de tal o cual partido político, etc.²⁰

NUEVAS OBSERVACIONES: FRACCIONAMIENTO HORIZONTAL Y FRACCIONAMIENTO VERTICAL DE UNA CIVILIZACIÓN. Antes de continuar es oportuno hacer ver la forma en que de las páginas que preceden resultan algunas observaciones que conviene tener presentes desde ahora.

²⁰ ¿Es posible una estadística de la vida política? ¿Y qué cosa debería de contener? A tales interrogantes no se ha dado respuesta aún y quizá no se haya pensado aún si sería posible darle respuesta adecuada. En realidad, una estadística de la vida política podría contener, en primer lugar, una estadística minuciosa de los partidos políticos (número de votos y de electos) basada en los resultados de las elecciones nacionales y locales que mostrase la distribución de tales partidos al través de las zonas del territorio, en los diversos barrios (ricos, pobres, de obreros, etc.) de la misma gran ciudad y al través del tiempo. En segundo lugar, podría figurar ahí una estadística de la cantidad y calidad o especie de las leyes que, año con año, se preparan, se discuten, se promulgan (leyes que se refieren a la vida económica, a la instrucción, a las fuerzas armadas, a la asistencia, etc.). En tercer lugar, habría que presentar una tabla ordenada y razonada que indicase, para un largo período de tiempo (como, por ejemplo, para el último siglo o para el último medio siglo de vida parlamentaria) la duración de los varios ministerios y la sucesión de los partidos políticos en el gobierno... Y en otros capítulos podría pensarse aún (interrogando a la Historia y a la sucesión de las cartas geográficas de siglo en siglo, indicativa cada una de los confines de los varios estados, tan mudables de época a época) en ver cuántos son los estados actuales y cuántos los de ayer, distribuyéndolos sucesivamente en seriaciones, en relación con su población, con su densidad por kilómetro cuadrado, con la amplitud territorial; ver, en seguida, cuánto tiempo dura cada uno de los Estados y cómo aumentan o disminuyen de territorio (verificando quizá la llamada ley histórica de Glumpowicz, para el cual los Estados se extienden primeramente hasta volverse demasiado grandes y pesados y después se fragmentan y reducen), y también —de ser posible— ver cuánto tiempo duran —o, mejor, han durado— las formas particulares de gobierno, como las repúblicas (aristocráticas, democráticas o de otro tipo), las monarquías (absolutas, aristocráticas, democráticas), etc. A estas últimas medidas ya había hecho referencia Adolphe Quetelet en su obra *Du système social et des lois qui le régissent*. París, 1848, de todo lo cual hemos hablado en la última parte de nuestras *Lezioni di demografia* (Napoli, 1924, pp. 423 y ss.) No sería extraña a la estadística de la que estamos hablando aquella investigación numérica que enseña cuál es el origen profesional, social y territorial de los elegidos para las varias cámaras constitucionales, y cuáles son sus edades en función del partido al que pertenecen, y también qué tanto tiempo permanecen en la escena política las figuras políticas de primer plano (indagaciones numéricas emprendidas con éxito por Giuseppe Ferrari en su obra sobre la *Teoria dei ritorni politici*. Milano, 1874). Y quizá pudiesen conducirse indagaciones numéricas sobre el número

1. Diremos, antes que todo, que el mismo territorio, aun cuando homogéneo por tales o cuales caracteres esenciales —por ejemplo, el territorio de un Estado o un territorio nacional poblado por ciudadanos de la misma nación— se subdivide en realidad en fracciones horizontales (territoriales) de tal modo que el grado de civilización (de lo inferior a lo superior) no es igual en todas las fracciones de ese territorio; de ahí que la civilización sea superior (o más elevada) en algunas zonas y la civilización misma sea inferior (o menos elevada) en algunas otras o que haya “civilizaciones” de tipo diverso de zona a zona.

Diremos incluso que la misma población, aun cuando sea homogénea desde el punto de vista de tal o cual carácter esencial, se subdivide en realidad en estratos sociales, sobrepuestos unos a otros, de modo que el grado de civilización (de lo inferior a lo superior) no es igual en todos los estratos; de ahí que haya civilización superior (o más elevada) en algunos estratos y civilización inferior (o menos elevada) en otros. Aun aquí ¿no se podría hablar —en tales ocasiones— de “civilizaciones” de tipo diverso o de zona a zona?

AL TRAVÉS DEL TERRITORIO. En el mismo Estado, supongamos que la zona A, tiene una riqueza media u otros índices de riqueza superior a la riqueza de la zona B; se encuentra también que tiene una dosis más alta de consumo, una mortalidad general menor y una menor mortalidad infantil, así como índices biométricos que indican una duración mayor de la vida, etc. Hay menor número de analfabetos y cifras más altas, indicativas de una mayor difusión de la cultura; es escaso o casi nulo el número de delitos violentos y de sangre... ¿No debe decirse ya que, a partir de las mencionadas indicaciones numéricas, la zona A puede considerarse que presenta mejores condiciones de vida que la zona B? Indudablemente, pueden suscitarse, frente a tal tipo de comparaciones, demasiado esquemáticas y secamente numéricas, objeciones de orden muy variado como para dudar de las conclusiones. Y veremos pronto que, de hecho, así sucede. Por el momento, nos contentaremos con la primera aproximación obtenida anteriormente.

Recuérdase que las diferencias indicadas, reveladas por síntomas numéricos o de otro tipo, en la “civilización” (en su modo de ser y en su superioridad) se presentan de zona a zona en todos los Estados uni-

y la duración de las guerras, año por año, durante los últimos siglos (pues ¿puede, por ejemplo, afirmarse que durante los últimos tres siglos hubo quince guerras cada año, de duración variable, que va de un mes a seis días, cada cincuenta y cinco años, como ha calculado no hace mucho un estudioso estadounidense?).

ficados; sería fácil documentar la forma en que diferencias sensibles de este género, como las que, por ejemplo, encontró y describió quien esto escribe, para Italia, de región a región y de provincia a provincia,²¹ se encuentran igualmente —con acentuación mayor o menor— entre las varias provincias españolas, entre los varios condados ingleses, entre las varias provincias holandesas o entre los departamentos franceses y aun entre las diversas zonas del mismo Estado alemán... y entre los varios Estados de la confederación estadounidense, etc... Por lo demás, no olvidamos que un amplio territorio se subdivide naturalmente en zonas diversas entre sí por sus caracteres demográficos, económicos o de otro tipo, y se diferencia en zonas diversas por sus caracteres telúricos y climáticos; que se diferencia también en zonas diversas por los caracteres antropológicos de los individuos que ocupan cada una de esas zonas, etc. No se dice que las subdivisiones de orden telúrico y climático de un territorio dado correspondan exactamente a la diferenciación del mismo territorio por sus caracteres demográficos, económicos y sociales; ni se dice que las subdivisiones señaladas coincidan exactamente con las antropológicas. Tampoco se afirma que el cartograma de un país dado que exprese las diversidades sociales de una zona a otra se sobreponga exactamente al de las diversidades telúricas y climáticas así como al de la distribución de las diversidades antropológicas, o bien que cada una de dichas distribuciones geográficas sea producida por las otras; pero hay, de hecho, correlaciones o interrelaciones entre las diversas cartas geográficas que pueden servir para una diferenciación entre los tipos sociales y entre las civilizaciones de zona a zona del mismo país.²²

AL TRAVÉS DE LOS ESTRATOS SOCIALES. Si, como hemos dicho, al viajar al través del territorio de un Estado (o al través de Estados diversos) se pasa más o menos sensiblemente de la zona en que aparece el grado más alto de civilización a aquellas de grado inferior, debe

²¹ A. Nicéforo, *Italiani del Nord e Italiani del Sud*, Torino, 1901. "La eterogenità delle provincie italiane" en la *Rivista di Antropologia*. Roma, 1911, n. 2-3.

²² "Cartas geográficas" de las actividades sociales, en un país dado, y su relación con la "carta geográfica" de las condiciones telúricas y cósmicas del país mismo, etc... Al tema le está consagrado el capítulo tercero del volumen segundo de nuestra *Criminología: ambiente e delinquenza*. Milano, 1943. Un vislumbre de las relaciones posibles entre la naturaleza del suelo, del subsuelo, del sobresuelo y la "región natural", por una parte, y la "región económica", por otra, con las subsecuentes y simultáneas repercusiones sobre la vida social, se proporciona en la parte sexta de nuestras *Lezioni di demografia*. Napoli, 2ª ed., 1924, pp. 379 y ss.

decirse que la misma afirmación podría hacerla aquel viajero ideal que se pusiera —por decirlo así— a viajar al través de los estratos sociales, recorriéndolos del más elevado al inferior. Cada uno de los estratos sociales pueden ser considerados, de hecho, como una provincia —distinta de las demás— de la misma sociedad: en lo alto, los individuos pertenecientes a los estratos económicos, intelectuales o culturales y profesionales más altos, mientras que abajo se encuentran los hombres que pertenecen a las clases económicamente más miserables, a un grado de cultura decadente o nulo, y a las profesiones menos elevadas por su situación económica o por su dignidad. Toda una ciencia nueva, que hemos llamado “antropología de las clases pobres”, o mejor, “biosociología de las clases sociales”, ha querido —con ayuda de observaciones directas, de medidas precisas y de estadísticas variadas—, comparar los extremos de la escala antes mencionada, o sea, de la jerarquía económico-cultural-profesional, demostrando y concluyendo lo siguiente:

Existen profundas diferencias *físicas* (estatura, fuerza, anomalías físicas, etc.), *psicológicas* (sensibilidad, cociente de inteligencia, impulsividad, grado de infantilismo, etc.), *demográficas* (natalidad, mortalidad, morbilidad, etc.), *etnografías* (usos, costumbres, creencias, supersticiones, etc.) distintivas de los estratos superiores y de los inferiores de la misma sociedad.

Si se quieren considerar los índices sintomáticos, numéricos, de la superioridad o falta de superioridad de la civilización propia de cada uno de los dos estratos sociales enfrentados, se encuentra que el grado más elevado de civilización se expresa por los estratos superiores, mientras que los inferiores repiten la fisonomía y los aspectos de las civilizaciones atrasadas y primitivas.²³

La antropología de las clases pobres ha intentado buscar también las causas de tales diferencias físicas, psicológicas, demográficas, etnográficas, entre los estratos sociales que ocupan las dos extremidades del edificio social, señalando, por una parte, una serie de factores, o fuerzas, con causas, o variables, bastante visibles, de orden mesológico o ambiental, como el tipo de trabajo, el más bajo nivel económico, la habitación y la alimentación, la dificultad o la imposibilidad de elevar el propio grado de cultura, etc., mientras que, por otra parte, ejercita su

²³ A. Nicéforo, *Les classes pauvres*. París, 1905; *Antropologia delle classi povere*. Milano, 1908 (traducción alemana, ampliada, Leipzig, 1910); *Forza e ricchezza*, Torino, 1906 (traducción española en dos volúmenes. Barcelona, 1907); *Ricerche sui contadini*. Palermo-Milano, 1907. Y también nuestra memoria “Il contadino quale è” en la Revista *La Mutualità rurale*. Roma, 1941, n. 7-8.

casi invisible, pero eficazísima influencia, el factor al que puede designarse como *selección*. Gracias a este último factor que obra continuamente, los individuos que, encontrándose en los estratos sociales inferiores, poseen por naturaleza congénita caracteres físicos y psíquicos más aptos para conquistar las altas posiciones económicas y sociales, tienden a subir y, efectivamente, lo logran, ahí donde los individuos que se encontraban en los estratos sociales superiores, pero que poseían por naturaleza congénita (o por degeneraciones fisiopsíquicas) caracteres físicos y psíquicos que les hacían resultar inadaptados para sostenerse en el puesto que ocupaban, degeneran económica, intelectual y socialmente y tienden por ello a caer. Y, efectivamente, esto ocurre muchas veces. Lo que consigue tal proceso de cambio (ascenso desde abajo y precipitación desde lo alto) y que es un verdadero proceso de selección natural es producir una tendencia a la concentración de los individuos que poseen las mejores cualidades para la conquista económica y social en los estratos superiores, mientras que, por el contrario, quienes poseen las cualidades opuestas, decadentes o dsadaptadas, tienden a concentrarse en los estratos inferiores, de donde la observación (que a veces escapa a quien mira superficialmente) de que las diferencias físicas, psíquicas, demográficas y etnográficas entre los dos estratos sociales distintos encuentran su origen sólo parcialmente en las causas ambientales y mesológicas, puesto que dicho origen hay que buscarlo —si bien no esencialmente— en el supradicho proceso de selección.

La antropología de las clases pobres hubo de demostrar (por primera vez, si no nos equivocamos) la presencia de individuos con caracteres “superiores” en los estratos inferiores de la sociedad y la presencia de individuos con caracteres “inferiores” en los estratos superiores de la sociedad misma. Demostración que hubo de hacerse comparando (con el auxilio del método estadístico llamado de “seriación”) carácter por carácter de los examinados, en los sujetos de los estratos inferiores frente a los de los superiores. Entre los dos grupos de excepciones, por tanto (entre los “superiores” de las clases inferiores y los “inferiores” de las clases superiores), se realiza de ordinario el recambio social o la rotación de las moléculas sociales.²⁴

Como quiera que sea quedó comprobado siempre el hecho de que existe una menor elevación en la civilización (en el sentido que hemos dado a tal denominación) de los estratos inferiores de una sociedad. En ellos, en efecto (y si se recurre a los pocos, pero eficaces índices sinto-

²⁴ Refirámonos nuevamente a la obra citada en la nota precedente.

máticos que se encuentran entre los que hemos mencionado): mayor mortalidad, morbilidad más frecuente, menor cultura, y, no sólo éstos, sino, frecuentemente, insuficiencia y deterioro del desarrollo mental.

LA CIVILIZACIÓN IDEAL: SUEÑOS PARA EL FUTURO. No es tema que salga de nuestra materia el que busca reconstruir los síntomas tanto de una civilización superior como del progreso de la misma, ya no de acuerdo con una larga serie de investigaciones objetivas como las indicadas, sino de acuerdo con la forma en que fueron vistos, esperados, auspiciados por los grandes soñadores que buscaron diseñar el modelo de una Humanidad (pasada o futura) que viviera en un estado de civilización mucho más alta que las que ofrece el pasado o el presente. ¿No han deseado siempre ardientemente los hombres condiciones de vida perfectas o ideales? De este modo no existe hombre, por pequeño que sea, que no pueda envanecerse de haber tenido en común con Platón el pensamiento que el filósofo expresaba en un pasaje de la República: “Nuestro mundo es imperfecto y siempre soñamos con un estado que no existe en ningún lugar de la tierra, pero que quizá exista sólo en el cielo.” Pues bien: en la forma en que la Humanidad, repitiéndose casi siempre, ha concebido tales condiciones ideales de vida ¿no podremos ver cuáles son aquellas condiciones que el hombre considera como óptimas o mejores y que, por ello, desea ardientemente? ¿Coinciden éstas con aquellas a las que hemos llegado en las páginas precedentes?

PÁGINAS ANTIGUAS, PERO SIEMPRE NUEVAS. Estos sueños de la Humanidad se remontan, como todos saben, a un pasado lejanísimo —la Edad de Oro— o se proyectan a un lejanísimo porvenir. En la Edad de Oro —cantan *Los trabajos y los días*, de Hesíodo— los hombres estaban libres de inquietudes, de trabajos, de sufrimientos; no se hacían viejos; gozaban en los festines gustando frutas deliciosas; la tierra producía por sí sola; los bienes eran indivisos. Dirá lo mismo la poesía de Ovidio, cuando, al describir la Edad de Oro, narre cómo entonces no se hacían guerras. *Nondum praecipites cingebant oppida fossae y tranquilas y en ocio vivían las gentes. . . Mollia securae peragebant otia gentes; sin cultivo alguno, producía la tierra sus frutos. . . , per se dabat omnia tellus.* Sin que nadie le obligase, sino por su propia voluntad, cada quien actuaba de acuerdo con la justicia:

Aurea prima sata est aetas, quae vindice nullo,
Sponte sua, sine lege fidem, rectumque colebat.

(*Metamorfosis* I, 89-112.)

Caracteres análogos se encuentran en el gran cuadro que cierra el *Ramayana*, tras la victoria definitiva de Rama, y que señala la felicidad del Reino de Rama victorioso en la forma siguiente: la salud física de la población, la producción abundante, la riqueza, la disminución de las malas acciones, la longevidad, la ausencia de enfermedades y, también, los nacimientos numerosos. Los mismos caracteres los encontramos en el cuadro de las perfecciones alcanzadas por el reino de Diemschid en el *Libro de los Reyes*, de Firdusi, reino que duró setecientos años. Las perfecciones consisten en la segura aplicación de la medicina, en la abolición de las enfermedades, de la muerte y del sufrimiento; en el desarrollo de la inteligencia y del espíritu; en la riqueza, en las mejores condiciones de nutrición, de alojamiento, de habitación, de vestido; en los placeres dados por los perfumes y por las bellas artes; en la tranquilidad y en la seguridad.

También quien mira hacia el futuro, con sentido de profundo optimismo, inspirándose en los sueños más deleitosos y pintando frente a los propios ojos, en el lejano porvenir, fantásticos paisajes en donde la vida ha de transcurrir fácil y segura, ¿no imprime incluso ahí, en esas descripciones y anticipaciones, algunos de esos rasgos que ya vemos que se señalan como dignos de un mejoramiento individual y social? Recuerdese la sacra profecía de Virgilio en su cuarta *Égloga*, en la cual habla de la aproximación de aquel día en que se verá la tierra llena de todo bien. Esta, verdaderamente, será fecunda sin que la cultive fatigosamente el hombre... , *ipsa tibi blandos fundet cunabula flores...*; se cubrirá de espigas ondulantes el campo... , *moli paulatim flavescet campus arista*, mientras que racimos de uva madurarán en las cepas incultas... , *incultisque rubens pendebit sentibus uva*. Y ¿cómo olvidar, a propósito de tales anticipaciones acerca de la futura felicidad, los grandes escenarios que sociólogos y políticos ultraoptimistas de ayer y hoy han realizado para mostrarnos, como hacía Moisés desde lo alto de la colonia cuando señalaba a los suyos la Tierra Prometida, las grandes líneas de la Ciudad Futura? Se podría ir, al través de tales anticipaciones, desde la Ciudad del Sol, de Tommaso Campanella, a aquel futuro siglo previsto por Anatole France, en el cual se volverán tan clementes las condiciones de vida que incluso las espinas del espino se convertirán en flores. También el alma humana, en la cual existe tanto veneno y maldad más o menos astutamente y más o menos voluntariamente reprimida, se volverá cándido y honestamente puro como el cristal; ocurrirá entonces con el hombre lo que los grandes videntes aseguran que ocurrirá un día con las fieras. La profecía de Virgilio

prevee que la oveja no temerá ya al león. . . , *nec magnos metuent armenta leones* (*Égloga* IV, 22).

En todos estos sueños, vueltos al pasado o al futuro, volvemos a ver una vez más los rasgos de esa vida feliz que parece querer huir siempre. También Aristóteles, que en su *Ética* mostró las dificultades y las controversias sobre la definición de la vida perfecta o sobre la felicidad (porque ni el vulgo ni los sabios se pronuncian en el mismo sentido sobre ese punto), dedica un párrafo de la *Retórica* a enumerar aquello que puede hacer feliz al hombre y, por lo mismo, a definir el perfecto estado de vida; ahí se encuentran las mismas categorías de hechos, en general, de las que hemos hablado hasta ahora. En la enumeración, en efecto, de las condiciones para ser feliz, se recuerdan: la honestidad, el vivir lo mejor posible, la salud, la riqueza, el llegar a una vejez tranquila, la virtud. San Agustín, más tarde, enumerará en *De civitate Dei* las mejoras conquistadas por el hombre en la vida civil y llamará testimonios del "progreso": al aumento de población; a las mejores condiciones de habitación, de abrigo y de nutrición; a los socorros y remedios para conservar o restablecer la salud; a la cultura intelectual y a las bellas artes (*De bonis quibus etiam hanc vitam damnationi obnoxian Creator implevit*).

DOS OBSERVACIONES: EL TRABAJO, LA FELICIDAD INTERNA. Es cierto que tales concepciones amplias de los paraísos terrestres que la Humanidad habría perdido o que entrevé en las brumas rosadas del porvenir lejano o que se deleita construyendo en sus sueños, en la misma forma en que los niños construyen castillos de arena junto a la ribera del mar, se encuentran viciadas en ocasiones por un error fundamental: el de creer que se encuentra uno de los caracteres de la vida deseable en una especie de ocio, siendo así que se sabe que, por el contrario (tal y como enseña, aportando un número cada vez más considerable de pruebas, la psicología tanto experimental como no experimental), que en el trabajo normal se encuentra una fuente de alegría o, por lo menos, que se encuentra en él un medio de combatir el aburrimiento, una "evasión" que ayuda a soportar la vida, sus sufrimientos, sus desencantos.²⁵ Sin embargo, si se quieren considerar tales caracteres enunciados

²⁵ Voltaire decía: "Travaillons sans raisonner; c'est le seul moyen de rendre la vie supportable" en *Candide*, final del capítulo XXX. Y, bastante más tarde, Charles Féré daba de ello elegantes demostraciones experimentales en su *Travail et Plaisir: études expérimentales de psycho-mecanique*. París, 1904. En cuanto al trabajo (sea intelectual o material) considerado como una "evasión" que nos

por los poetas como indicativos de una disminución del esfuerzo que requiere el trabajo (correspondiente a nuestra disminución de horas de trabajo cotidiano señalada en las modernas estadísticas laborales) más como un índice de ocio absoluto, y si se quiere notar, además, que la prolongación de la vida, el aumento del consumo, la disminución de los sufrimientos físicos, la actividad económica, etc., forman parte del cuadro de la edad feliz que se ha trazado, se podrá concluir que verdaderamente tales ideales constituyen una de esas perpetuas aspiraciones de la Humanidad que en todo momento saben expresar tan bien los grandes poetas.

Por otra parte, ¡qué amargas reflexiones se podrían hacer con respecto a las condiciones y características que los filósofos —en la enumeración que se le ocurre al hombre para ser feliz— señalan cuando afirman que, en último análisis, la felicidad no puede obtenerse sino pidiéndosela al interior de sí mismo y no a las cosas externas del mundo! ¿Qué se necesita para que el hombre sea feliz y para que sea la vida buena? Aristóteles, Aulo Gellio, Séneca, han dejado bellas páginas —algunas de ellas inmortales— a propósito de este debate. Las soluciones divergen, es cierto, pues hay quien habla de la salud del cuerpo, quien se refiere a las riquezas, quien habla de la sabiduría... Y aun aquí (como ya dijimos) se podría encontrar una guía que nos informara acerca del ideal de la felicidad humana y de una soñada civilización superior... Pero, en realidad, las sugerencias filosóficas en cuestión nos llevan sobre todo a concluir que es imposible encontrar, fuera de la intimidad de nosotros mismos, la tan soñada felicidad. La única sabiduría y la única virtud —luces internas— nos hacen felices. *Sola virtus satis efficax*, dejó escrito Séneca en una de sus cartas a Lucilio. ¿Verdaderamente? Sin duda. Sólo que, al admitir esto, se llega propiamente a considerar como cosa vana e ilusoria la búsqueda o la esperanza en el mejoramiento de nuestras condiciones de vida material, de nuestras actividades intelectuales, de la moral pública, de régimen político que hagan al hombre feliz. Mejor buscar la felicidad encendiendo en el propio interior una luz que es vano buscar fuera de nosotros: luz interna, consoladora única.

libera, aunque sea momentáneamente de los sufrimientos y de los desengaños de la vida, nos referimos a nuestra larga memoria "Sul processo psichico della 'evasione' e in ispecie delle fantasticherie", en la *Rivista de Psicologia*. Firenze, 1947, número 1-2, reproducida en una parte de nuestro *L'Yo profundo*.